La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 11 de Julio de 1892 — Núm. 550

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el correspondiente tomo de la Biblioteca Universal. Será éste el segundo de NERÓN, por D. Emilio Castelar, ilustrado con profusión de grabados.

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Por esta vez – tan sólo por esta vez – han de perdonarme mis benévolos lectores si dejo correr la pluma sobre las cuartillas, no sujetándome á la tarea que me impuse de definir – según mi leal sabiduría y entendimiento – las verdades y mentiras lanzadas á guisa de proyectiles de novísimo sistema al campo donde contienden las nuevas y las viejas teorías artísticas. Y no porque la lucha se haya enfriado en lo más mínimo, ni por falta de combatientes, ni mucho menos por escasez de municiones, sino porque siento hoy esa displicencia y tristeza características de los estados hepáticos, y temo no poder aquilatar tan fríamente como deben aquilatarse estas cuestiones de importancia total para el arte. Ofrezco, pues, ocuparme en el próximo artículo de las doctrinas y conclusiones emitidas recientemente en la Academia de San Fernando por los Sres. Hernández Amores y Vera, en el acto de ingresar como individuos de número de la corporación citada.

***

Son las doce y media de la noche, víspera de los apóstoles Pedro y Pablo. Al ruido ensordecedor de mil voces que cantan, que pregonan periódicos, que ríen á carcajadas – carcajadas de alcohólicos, – que requiebran á gritos á las muchachas del barrio, que charlan de un modo epiléptico, se unen las orquestas de bandurrias y guitarras, violines y flautas, los horribles trompetazos de las murgas, que de modo tan criminal felicitan á Pablo y Pedro. Desde el balcón de mi gabinete veo el hormiguero humano que bulle, se retuerce y agita en convulsas oscilaciones, impulsado por el vino y el aguardiente con que ayu-



NEGOCIO REDONDO, cuadro de D. Antonio Fabrés, grabado por Sadurní

da la digestión de buñuelos chorreando aceite, de las eternas, duras y pringosas rosquillas *de los Santos*, de todos esos comestibles que se ofrecen á la voracidad de los delirantes aficionados á estas verbenas, con carácter de saturnal.

Los santos apóstoles me lo perdonen, pero creo firmemente que por su causa, es decir, por la ruidosa devoción que inspiran á este pueblo tan escaso de creencias (con más propiedad diciendo), tan indiferente, tan falto de ideales, este artículo, nacido casi sin cabeza, vá á morir sin pies. ¡Adelante!

Lo cierto es que, mirando así tan de cerca al hombre, en actos y ocasiones como los presentes, los idealistas del arte, los que como mi querido amigo y maestro el ilustradísimo pintor D. Germán Hernández Amores, lamentan que el *realismo y el naturalismo estén de moda* (1), parecen los guardadores de las únicas y verdaderas doctrinas. Ofrécese la materia en estas orgías al aire libre, con todos los caracteres distintivos de la bestialidad, desquiciada la línea, borrada la belleza psíquica, el color turbio y sucio; la *bête humaine*, en fin, pintada por Zola. Es cosa de renegar del naturalismo y del realismo, como reniega en efecto mi citado profesor y amigo cuando dice (2): «Merced á ellas (habla de las teorías de independencia que sustentan las escuelas en cuestión) crece la indisciplina que da por resultado deserciones continuas de jóvenes artistas, que buscando el éxito, ensayan con frecuencia procedimientos nuevos, nuevos géneros: el óleo mate, el encausto, la acuarela, la *guache*, el pastel, y como asuntos las faenas del campo, de la marina, observaciones clínicas, escenas de anfiteatro, chulos, gitanos, etc., y este es un bosquejo de las manifestaciones y tendencias actuales del arte.» Se le olvidó á mi querido Mentor el género urbano, el que retrata orgías de calle, taberna y salón.

Pero seamos justos. Esas pobres gentes que ahí, al pie de mis balcones, chillan y se retuercen como poseídos, no fueron escogidos por aquellos encargados de arrojar al mar los niños que nacían enclenques ó deformes, allá en Grecia, cuando Solón y Licurgo estaban en todo el auge de su poder legislativo. Esas pobres gentes que ahí en la calle celebran con risotadas, algazara, baile flamenco, aguardiente y buñuelos la víspera de los santos apóstoles, no viven en casas anchas, ni corren en el *Circo*, ni hacen juegos pírricos, ni se bañan en termas suntuosas (gracias que se atrevan á lavarse la cara). Esas pobres gentes son armazones de huesos envueltos por espesa red de nervios sin vigor y de venas y arterias sin sangre apenas, sin calor vital, sin más energía muscular que la que les presta el alcohol, cuya fuerza calórica no se localiza en el estómago para ayudar la digestión de suculenta comida, sino que sube al cerebro á insensibilizar las potencias intelectivas, á debilitarles psíquicamente, á anularles en cuanto tienen de moral, tal y como preconizan la moral las leyes de la sociedad moderna.

Claro está que entre una danza de bacantes, á quienes la flauta del anciano de Theos y el zumo de las uvas de Corinto ó de Farsalia hacían caer rendidas entre pámpanos y hojas de rosas, desligadas de toda vestidura, suelto el cabello, redondos los hombros, exuberante el seno, firme la línea de caderas y piernas y besadas por los rayos solares desde el pelo hasta los pies, con más frecuencia que los rostros pálidos y alongados de las jóvenes de las ciudades de hoy, y un baile de muchachas en la Pradera del Canal ó en el campillo de Manuela, ajustadas por el corsé, calzando botas de tacón alto, embutido el cuerpo en estrecha cárcel de paño, pálidas y enfermizas, como criadas á la sombra de muros y casas que cobijan – una sola – tantas personas como habitantes tuvo Pompeya, no hay duda que sin ser idealistas y clásicos, todos admirarían las bacantes – desde el punto de vista estético, por supuesto – y yo el primero de todos. Pero aquí lo grave (y hay que convencerse de ello) es que la belleza plástica ahora ya no es la que en un tiempo hicieron la selección legal, la higiene pagana, los ejercicios corporales, la indumentaria, etc., etc. La belleza física, el prototipo de la belleza física de nuestros días, especialmente de la belleza femenina, tiene dos caracteres: uno perfectamente espiritual, hierático pudiera decirse; otro material y resultado inmediato de la naturaleza. Friné, vestida á la moda parisiense, sería la más ridícula figura del mundo; en cambio, la más hermosa y distinguida de nuestras Julias, con palla y túnica parecería un muñeco desgoznado. ¿He de detenerme en el análisis de una y otra belleza? Tanto sería hacer el de la sociedad pagana y el de la actual.

(1) Discurso leído en la Academia de San Fernando el día 29 de mayo último por el Ilmo. Sr. D. G. Hernández Amores.
(2) Artículo citado.

Existe, sí, una equivocación de monta, además de la de pretender idealizar la forma humana con arreglo al canon clásico; y esa equivocación ofusca inteligencias tan claras como la de Germán Hernández, haciéndole excomulgar el cuadro que representa escenas campesinas ó marítimas, de la vida urbana ó de la rural. ¡Qué diablo! Así como así, las fiestas en honor de Pan, de Baco, de Venus Afrodita y de otras divinidades de ese fuste, no se llevaban muchas líneas con una *juerga* de las monumentales celebrada á puerta cerrada en cualquier *Maison Dorée*. Las *juerguecitas* paganas tenían lugar á campo abierto, en el medio de la plaza pública, como si dijéramos, ahí, al pie de mis balcones, con la diferencia de que ahora se lleva á la prevención al ciudadano que pretenda tomarle la barbilla á cualquiera de las *bacantes* que se atiborran de *muñuelos* á su costa; y entonces, los bosques sagrados servían precisamente para tomarse mutuamente la barba. ¿No les parece á los idealistas clásicos que la pintura de esas costumbres de las gentes paganas es la más naturalista que puede soñarse? O por ventura, ¿la borrachera, la prostitución, la orgía entonces no consistían en concupiscencia, en vino bebido hasta la saciedad, en canciones libidinosas, en bailes lascivos?...

No, si no es eso. No tienen la culpa ni el realismo ni el pícaro naturalismo de que el vicio sea vicio siempre; lo grosero, siempre grosero; lo bello, bello eternamente. No tienen la culpa (3): «que pintores dados al mercantilismo ó de escasa educación social se complazcan en la representación de escenas que nada quieren decir, que no elevan el espíritu, sino al contrario, reflejan casi siempre la vida material.» Y aun voy bastante más allá del maestro Vera, de quien copio las acotadas líneas, porque entiendo que esas escenas de la vida material pueden ser representadas plásticamente de modo maravilloso, y causar la emoción estética – único y elevado fin del arte; – por ejemplo: una *bacanal*, el *Jardín del amor*, *Dánae recibiendo á Júpiter convertido en lluvia de oro*, *Júpiter y Leda*, *Bacante y Sátiro* (grupo en mármol existente en el museo de Florencia) y tantas otras obras maestras del Ticiano, de Rubens, de Julio Romano, de Rafael: Doña María de Zayas, Bocaccio, Quevedo, debieran ser relegados por algunas de sus obras al más profundo de los olvidos, y con ellos Voltaire y Rabelais.

No, no es eso, repito. Aquí sucede que clásicos é idealistas tienen metida en la mollera la preocupación de la nobleza y majestad de la línea de la estatuaria griega, hasta el punto de que las escenas más *naturalistas* de los tiempos paganos, dejan de ser *groseras* si el artista echa mano del canon clásico. Yo no veo la razón para que esas mismas escenas tan naturalistas á que me refiero sean abominadas, tildándolas de rebajamiento del gusto, de abortos del realismo ó del naturalismo, por quienes las pintan ó esculpen, en griego ó en romano, puesto que, como indico al comienzo de este artículo, la variante plástica no hace al caso, en cuanto á la moral se refiere.

Pero descartemos eso de la moral, ya que hoy nadie podrá negar la existencia de la obra de arte, represente lo que represente, siempre y cuando tenga efectivamente las condiciones precisas para considerarle tal obra de arte, y vengamos á la cuestión batallona, al ideal de la belleza.

Nuestros sentidos, como nuestra inteligencia, se educan en un medio ambiente totalmente distinto del que informó las obras de Parrhassio, Zeuxis y Apeles. La corrección de la línea, el ideal de la belleza de la forma humana, debiéronla aquellos artistas, como ya queda dicho, á la selección, á la vida de gimnasio, circo y baños. El hombre, en Grecia como en Roma, tenía en primer término el cuidado de su perfección física; el Estado concurría á facilitarle los medios. Veamos hoy dónde están esas termas, esos gimnasios, esos juegos circences, ni cómo el hijo del siglo puede dedicarse principalmente á la tarea de su perfección muscular. Un historiador griego nos cuenta que los jóvenes (de ambos sexos) iban al circo á jugar, desnudos completamente y cayéndoles la nieve encima en abundancia. ¿Dónde están hoy los émulos de esa juventud para hacer otro tanto? Reparemos en las proporciones de aquellos discípulos de Sócrates; cuello de toro, pectorales desarrollados en grado máximo, esófago dibujado enérgicamente, biceps y deltoides prominentes, jemelos ídem. Reparemos en la estructura de la mujer de entonces: cara redondeada, hombros anchos y redondos, seno pequeño y turgente, esófago acusado, cintura ancha, pies y manos largos. Reparemos la mujer de nuestra época, principalmente la urbana, la que vive en estos grandes centros de cultura; caras ovales, cuello fino, talle estrecho y largo, la curva de las caderas que se acentúa de un modo grande hacia su inserción con la que desciende dibujando suave arco hasta la cintura, pie pequeño, mano nerviosa, casi flaca.

(3) Discurso leído por D. Alejo Vera el día 26 de junio último ante la Academia de San Fernando.

Ahora pregunto yo: ¿cuál es la razón para rechazar este tipo de belleza y considerarle como indigno de ser copiado por el artista? ¿Cuál es la razón, ni de qué orden ni género, que trastorna de tal modo la lógica y el criterio estético de ciertas gentes, empeñadas en hacernos creer que pueda existir un tipo de belleza único é insustituíble, siendo así que ni conocieron el pueblo que produjo ese tipo, que ellos tienen por insustituíble, siendo como son clásicos é idealistas fervientes defensores de las doctrinas de Cristo?...

Concluyo como me lo temía, entrándome por campos donde los frutos están todavía por cosechar.

Verdaderamente la cuestión que he tocado inadvertidamente en las últimas líneas, merece varios capítulos.

Es la cuestión grande, la mayor de todas las puestas sobre el tapete en la actualidad.

Hablaremos de ella.

R. Balsa de la Vega

1.° de julio de 1892

SECCIÓN AMERICANA

LA CIUDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)

Ocupados se hallaban Francisco Pizarro y Diego de Almagro en la conquista del Perú, cuando surgieron entre ambos graves disensiones, motivadas por los nombramientos y honores que el emperador Carlos V concediera á uno y á otro, como muestra de agradecimiento y regocijo por los tesoros que de aquellos países trajera á España D. Fernando Pizarro.

Almagro, nombrado gobernador independiente del territorio de Chile, que estaba aún por conquistar, partió hacia aquellos desconocidos países, creyendo encontrar en ellos riquezas sin cuento de no difícil adquisición, dada la superioridad de sus medios de lucha sobre los de que disponían los incas, á quienes se proponía dominar. Armó á este efecto un ejército, compuesto de 570 españoles, con 200 caballos y 15.000 peruanos en calidad de tropas auxiliares, y con él emprendió la marcha por el lago Titicaca, llegó á Topisa, capital de los chichas, tributarios de los Incas, y prosiguiendo su camino escaló los Andes y penetró en las provincias de Coquimbo y Aconcagua.

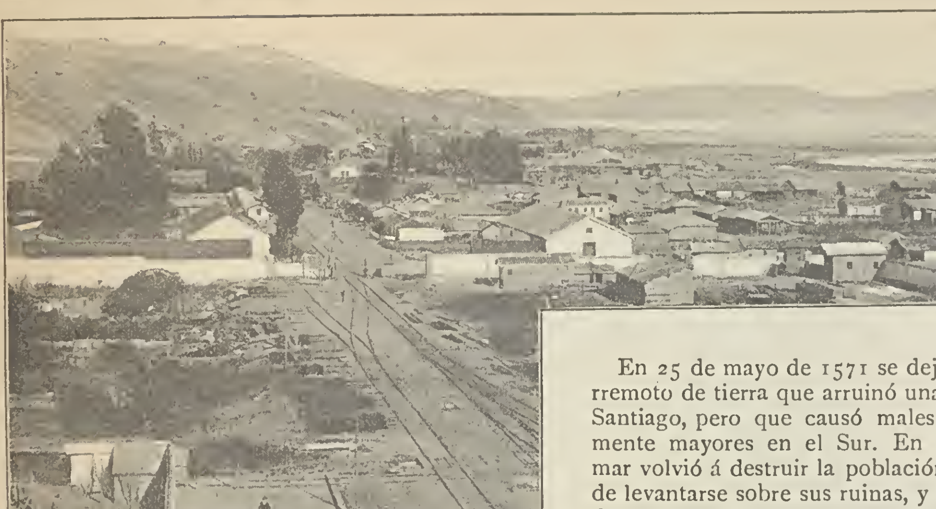
Desastrosos fueron los resultados de la expedición de Almagro, tanto que á consecuencia de ella ganó Chile fama de país el más pobre é inhospitalario de toda la América; y sin embargo de ello, no faltó un oficial ganoso de aventuras y de provecho que se brindara á acometer la empresa en que aquél había fracasado. Era éste D. Pedro de Valdivia, que con solos 150 españoles y 1.000 peruanos, no sin grandes esfuerzos reunidos, salió de Cuzco á principios de 1540, y después de cruzar el desierto de Atacania y los territorios de Copiapó, Coquimbo, Quillota y Melipilla, llegó á Mapure, y encantado por la fertilidad de aquel suelo y por la natural defensa que allí se le ofrecía, fundó á orillas del Mapocho la primera colonia española en territorio chileno que, dado el carácter de conquista de la expedición, hubo de ser forzosamente una fortaleza, á la cual se dió el nombre de Santiago de la Nueva Extremadura, capital actualmente de la república de Chile.

Desde allí y auxiliado con los refuerzos que le llegaron del Perú, en donde sus comisionados lograron fácilmente destruir la impresión que en el ánimo de aquellos conquistadores dejara la desdichada campaña de Almagro, pudo Valdivia avanzar hacia el Sur y fundar en 1544 en la provincia de Coquimbo una segunda ciudad, que fué denominada La Serena, sin duda en recuerdo de la región del mismo nombre de su patria, Extremadura. El descubrimiento de nuevos tesoros mejoró el estado de la colonia y facilitó la prosecución de la obra de conquista, contra la cual comenzaban á oponer los araucanos aquella desesperada resistencia que con todas las sublimidades de la epopeya prolongóse por espacio de tres siglos.

En los comienzos de esta lucha púsose Valdivia en marcha hacia el Sur, llegó hasta las orillas del Bíobío y sobre la bahía de Talcahuano fundó en 3 de marzo de 1550 la ciudad de Concepción.

Tres años después moría de trágica muerte Valdivia, una de las figuras más grandes de la conquista por su pericia militar y temerario valor.

La ciudad de Concepción ha sido asolada distintas veces, unas por los araucanos, otras por el mar y otras por los terremotos.



CHILE. — VISTA DE BÍO-BÍO DESDE LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL

En 1553 los araucanos la destruyeron, repoblándola en 1557 D. García Hurtado de Mendoza, sucesor del infortunado Valdivia en el gobierno de Chile; y estos hechos de construcción y reconstrucción reprodujéronse con frecuencia durante aquella larga y sangrienta lucha, y modernamente, en 1832, las propias tribus, todavía no sojuzgadas, aprovechándose de las revueltas de Chile, penetraron en la ciudad y saquearon muchos de sus más importantes barrios.

El miércoles de Ceniza de 1570, á las nueve de la mañana, dejóse sentir un espantoso terremoto que arruinó todos los edificios de la naciente ciudad de Concepción, situada entonces á orilla del mar, donde ahora existe Penco. El Océano salió de su seno, inundó el territorio ocupado por la ciudad y acabó de completar la ruina de ésta. Los temblores se repitieron con menor intensidad por espacio de cinco meses, sin que afortunadamente pereciese persona alguna durante esta catástrofe.

El 15 de marzo de 1657 ocurrió otro terremoto con salida del mar, que arruinó también por completo la ciudad, ocasionando además algunas muertes.

El 2 de julio de 1730, nuevo terremoto que otra vez cubrió de ruinas á Concepción, causando en ésta y en Santiago los mayores estragos. El mar, como en otros cataclismos semejantes había ocurrido, se retiró de la costa, y replegándose sobre sí mismo invadió Valparaíso y Concepción y acabó la ruina comenzada por el estremecimiento de la tierra.

En 25 de mayo de 1571 se dejó sentir otro terremoto de tierra que arruinó una gran parte de Santiago, pero que causó males incomparablemente mayores en el Sur. En Concepción el mar volvió á destruir la población que acababa de levantarse sobre sus ruinas, y á consecuencia de este nuevo desastre, cuando cuatro años más tarde tratóse de reedificar la ciudad, emplazóse la nueva en el sitio en que ahora se halla, á 14 kilómetros del que antes ocupara.

Finalmente, en 30 de febrero de 1835, las ciudades de Concepción, Talcahuano, Chillán, Canquenes y otros pueblos del Sur fueron casi enteramente arruinados.

Concepción fué prontamente reedificada y es hoy una importante y hermosa capital. Esta importancia le ha sido reconocida desde los comienzos de su historia, pues ya durante la conquista fué casi siempre asiento de los gobernadores y centro estratégico de las operaciones militares, y en ella residió desde 1567 á 1574 la Audiencia Real.

Concepción, en la actualidad, es capital de provincia, tiene corte de apelaciones, dos juzgados de letras, obispados, diez iglesias, varias capillas, un liceo, crecido número de colegios y escuelas públicas y particulares, un teatro, cárcel, cuarteles, plaza de abastos, mercados públicos, hospitales de hombres y de mujeres, hospicio, casa de huérfanos, dispensaria, lazareto, casa de la Providencia, casa de sanidad, Sociedad de María, seminario, cementerios de católicos y disidentes y otra porción de establecimientos que sería prolijo enumerar.

La pequeña población de Talcahuano, situada á 15 kilómetros al Norte en la orilla meridional de una hermosa bahía que guarda la isla de Quiriquina y que una larga península separa del estuario de Bíobío, sirve de puerto á Concepción y es considerado como uno de los mejores de las costas de aquella república.

La situación de la ciudad sobre la ribera derecha del Bíobío y á corta distancia del mar, hace de Concepción una de las poblaciones más pintorescas de Chile.

Tal como está hoy constituída, fórmanla 146 manzanas cruzadas por calles perfectamente rectas, de las que siete son longitudinales y quince transversales, figurando en primer término la del Comercio, donde se alzan hermosos edificios.



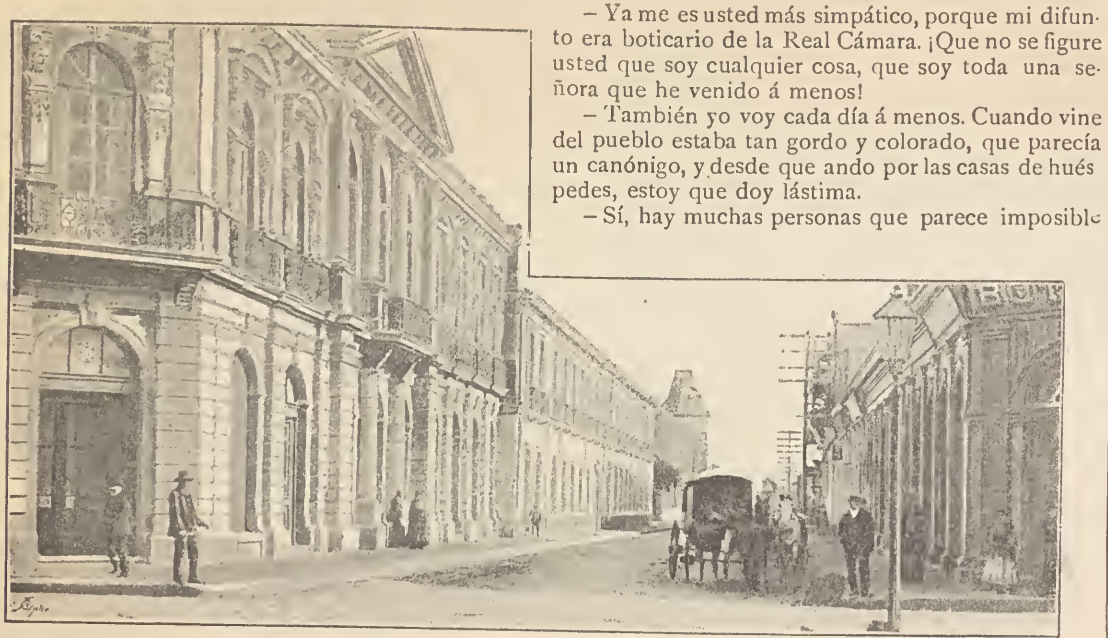
CHILE. — CONCEPCIÓN. — VISTA DE LA CIUDAD

Como en la mayor parte de ciudades americanas su plaza principal se denomina Plaza de Armas: situada á 11 metros sobre el nivel del Bíobío, está plantada de frondosos árboles y rodeada de edificios públicos y particulares de bella arquitectura; en su centro existe un precioso jardín dividido en cuarteles, de cuya conservación y progreso cuidan las damas chilenas, que rivalizan en esfuerzos y trabajos para obtener los más vistosos ejemplares de la flora americana. En medio del jardín elévase una gran pila, cuya majestuosa columna de mármol de 40 pies de altura soporta la estatua de la diosa Ceres.

Uno de los edificios que hace honor á la población es la estación ferroviaria. El ferrocarril que conduce á Concepción corre en una extensión de muchos kilómetros por la margen del Bíobío, y la vía se halla sombreada por gigantescos árboles que materialmente forman toldo sobre ella. Es un viaje delicioso, y cuando después de él se llega á la capital y se admiran la vida, la animación y los atractivos que ofrece al viajero; cuando se ha conocido el cariñoso trato de sus habitantes exento de afectadas



CHILE. — CONCEPCIÓN. — PLAZA DE ARMAS



CHILE. - CONCEPCIÓN. - VISTA DE LA CALLE DEL COMERCIO

etiquetas, su exquisita cortesía libre de todo servilismo, su franca cordialidad nunca desvirtuada por el menor asomo de rudeza, no puede menos que reconocerse con cuánta justicia se ha dado á Concepción el dictado de reina del Sur de Chile.

A. C.

DIALOGOS MATRITENSES

HUÉSPEDES Á SEIS REALES CON PRINCIPIO

– Voy buscando cuarto y vengo á ver...

– Pase usted, caballero, y verá...

– Dificilillo es que vea, porque está esto tan obscuro...

– ¡Bah! Eso le parece á usted, porque viene de la calle; pero *aluego* que uno se hace... Venga usted por aquí... y usted dispense. ¿Es usted solo?

– Sí, señora; digo, no; no soy solo, porque tengo un baúl y una sombrerera.

– ¡Bueno!, y será usted persona de decencia, porque aquí no se admite á cualquiera.

– Mire usted, eso de la decencia usted dispondrá, porque no consta en la cédula.

– Quiero decir que persona decente es la que paga adelantado.

– No adelante usted los sucesos, señora doña...

– Sinforosa, para servir á usted.

– ¿Este es el cuarto?

– Sí, señor; el único que queda, porque los demás están atestados.

– ¡Pero si esto parece una despensa!, y lo será. Aquí no cabe un catre.

– ¡Vaya si cabe! Mire usted, aquí ha estado alojado un matrimonio gallego, y estaban como unos reyes.

– ¿Cómo unos reyes en la tumba?

– No, señor, que estaban muy ricamente. Y eso que él era altote y le salían los pies por la puerta; pero como de noche no se ve, nadie se fijaba.

– Pero en fin, admitiendo que quepa el catre en ese camarote, ¿dónde se viste uno?

– ¡Toma! Pues en cualquier parte. En este rinconcito se peinaba la señora gallega; y cuando tenía que mudarse, se encerraba en la cocina, que es muy desahogada.

– ¡Claro!; y si no, en la escalera también se podrá uno lavar y peinar.

– Pues hijo, por seis reales ¿quería usted el palacio de Medinaceli?

– ¡Qué he de querer yo, doña Sinforosa! Yo lo que quisiera es morirme para tener casa propia.

– ¡Jesús, hijo, qué cosas tiene usted! Si aquí estará usted como un embajador; ¡y á fe que el trato es malejo! Por la mañana, chocolate; almuerzo con plato fuerte, y á la noche sopa, cocido, su plato fuerte, postres y pan, sin vino, por supuesto.

– ¿Y esos platos fuertes son de hierro ó de estaño?

– Son de patatas con cualquier cosa ó de algo sólido con...

– Con patatas. Siga usted, señora, siga usted, que me va gustando el *menú*.

– ¿El qué?

– No haga usted caso, son palabras sueltas que sólo entienden los que como yo estudian toxicología, porque ha de saber usted que soy estudiante perpetuo de Farmacia.

– Ya me es usted más simpático, porque mi difunto era boticario de la Real Cámara. ¡Que no se figure usted que soy cualquier cosa, que soy toda una señora que he venido á menos!

– También yo voy cada día á menos. Cuando vine del pueblo estaba tan gordo y colorado, que parecía un canónigo, y desde que ando por las casas de huéspedes, estoy que doy lástima.

– Sí, hay muchas personas que parece imposible que sean cristianos. Aquí tengo yo dieciséis huéspedes y los trato á todos como hijos.

– En fin, doña Sinforosa, voy á hacer que traigan mis trastos, porque en estas cosas no hay que elegir; pues como dijo el otro, todo es peor. Ahí tiene usted noventa reales de la primera quincena. No quiero saber más detalles. Hasta luego.

– Caballero, vaya usted con Dios. Parece buen chico.

– Tomasa, pon una docena más de garbanzos en el cocido, que tenemos un huésped más; mira, añade también agua, que si no, andará escaso el caldo.

* * *

– ¡Doña Sinforosa! ¡Doña Sinforosaaaa!

– Ya voy. ¿Pero hombre, qué gritos son esos? ¡Si parece que le estén crucificando los judíos!

– Los judíos no, pero todos los demonios del infierno sí que se me han comido esta noche. Esta cama es el Arca de Noé. Lo menos hay siete millones de pulgas y otros bichos por el estilo, que no quiero nombrar.

– ¡Jesús, hijo, pues es usted poco exagerador!

– ¡Exagerador, sí, sí! Usted como duerme en la buhardilla no oye el coro de lamentos que aquí se arma por las noches. Si esto más que una casa de pupilos parece un hospital de sangre después de una gran batalla. El pobre cura de la alcoba daba esta madrugada unos aullidos que parecía que tenía el cólera, y era que los bichos le habían roído la nariz.

– ¡Bueno!; ¿y yo qué le voy á hacer?

– Nada. Usted, como buena musulmana, dejarlo todo en manos de Allah; porque si está escrito que hemos de perecer todos devorados por las sabandijas, ¿á qué conduce la limpieza? Absolutamente á nada.

– Tiene usted razón, Carlitos. Nadie puede escapar á su *sino*.

* * *

– ¿Dónde estarán mis botas? Pues yo las dejé anoche aquí... Nada, no están... A ver si la maritornes las ha cogido. ¡Tomasa, ven acá!

– ¿Dice el *señoritu?*

– Digo que ¿dónde están mis botas?

– ¿Qué botas?

– ¿Qué botas han de ser?, las mías, las mías.

– Yo *non* las *tengu.*

– Pues ¿quién las tiene?

– Alguien puede que las tenga.

– ¡Claro, eso es indudable! Si sigues discurriendo así, pronto vas á ir á la casa de fieras á un lugar distinguido.

– Yo *non queiro* dejar á doña Sinforosa, á *non* ser que en esa casa que usted dice me den más *salariu.*

– Allí no dan más que carne de burro; pero en fin, eso no hace al caso. Busca las botas, unas botas con caña de paño color canela.

– ¡Huy, canela, je, je!

– ¿De qué te ríes, animal?

– Ríome porque esas botas ya *non* están en Madrid.

– Pues ¿dónde están?

– Esta mañana salió el teniente para Carabanchel y *vide* que las puso en los *pieses*.

– Y tú ¿dejaste que se las llevara?

– Yo *non* sabía nada, *tampocu* hubiera *habladu* si lo hubiera *sabidu;* que la semana pasada dióme un puntapié por haberme *sentadu* encima del *sombreru.*

– ¡Gran Dios! Esto es Sierra Morena. Anda, Tomasa, vé al cuarto del teniente y tráeme las primeras botas que haya por allí.

– *Non* tiene más que unas blancas.

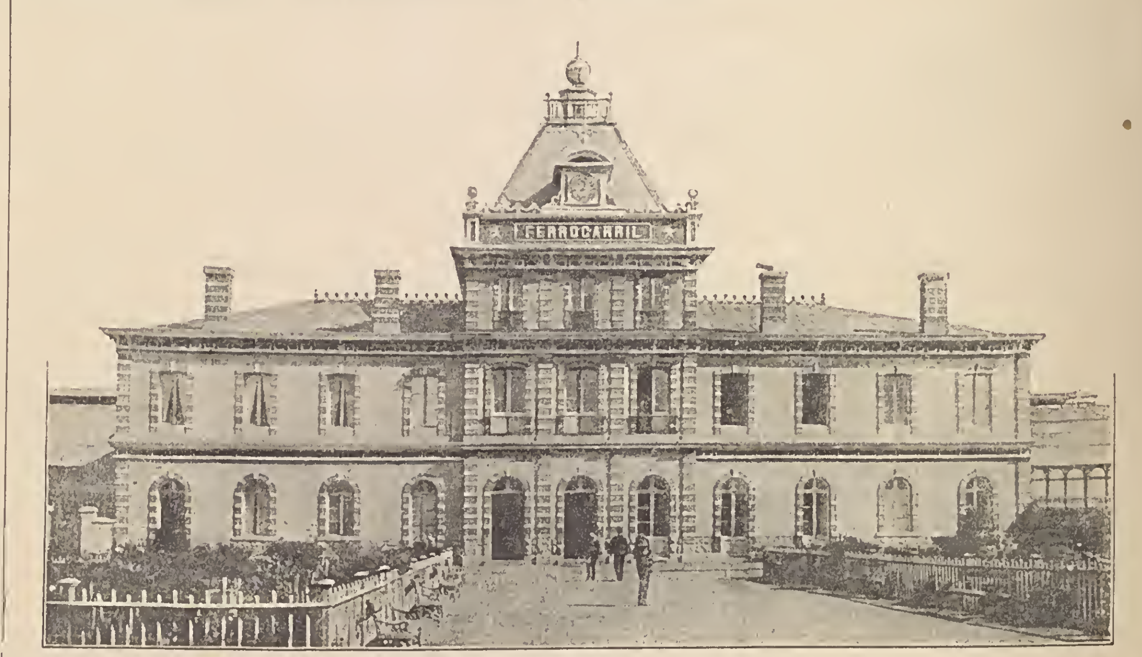
– Tráelas, tráelas, que hoy es día de cobrar la nómina, y siempre estará mejor ir á la oficina con esas botas que con estas zapatillas morunas. ¡Quién sabe, después de todo! El Ministerio está en crisis y bien pudiera ser que estas botas sean las de marcha... hacia la cesantía.



– Compañero, usted que estudia Farmacia podrá analizar esto que doña Sinforosa titula principio y decirnos lo que es.

– Hombre, intrincada es la cuestión, pero hay un punto luminoso.

– ¿Cuál?



CHILE. – CONCEPCIÓN. – ESTACIÓN DEL FERROCARRIL

– Pues este hueso, que igual puede ser de elefante que de burro.

– Bien, pero... lo demás ¿qué es?

– A ver..., por el tufillo parece marisco.

– ¿Serán calamares?

– No diré tanto, porque el calamar es duro y esto se deshace con el tenedor.

– Entonces será merluza.

– Merluza negra no la he visto en toda mi vida.

– Ya sé lo que es; butifarra catalana.

– Puede ser, pero en medio de este purísimo aceite andaluz sobrenada una espina, y hasta la fecha las butifarras no han tenido espinas.



LAS PRIMERAS ROSAS, cuadro de Herberto Schmalz

– No cavilen ustedes, señores; esto es una nueva composición culinaria de doña Sinforosa, que en este ramo se deja atrás á Angel Muro. Ahora saldremos de dudas. ¡Doña Sinforosa! ¿Qué es esto?

– Hijo mío, yo qué sé; buena tengo yo la cabeza para fijarme en esas pequeñeces. Coman ustedes, que todo es bueno y sano. ¡Jesús, qué gentes tan averiguadoras!

– Hemos quedado enterados.

***

– ¿Dónde va usted tan temprano, padre Bartolo?

– Al Retiro á tomar el fresco, porque ese cuarto mío es el purgatorio. Después que el sol lo caldea á su sabor durante el día, ponga usted cuatro personas por la noche en un cuchitril como el puño y comprenderá usted que es imposible dormir. Hay ocasiones en que me figuro ser uno de los jóvenes que Baltasar metió en el horno en Babilonia. Si hoy no me despachan en la vicaría, tomo el camino de mi pueblo y que hagan lo que quieran, porque ya no puedo con mi alma.

– ¡Ay, padre Bartolo! ¡Qué feliz es usted que puede irse; yo ya he perdido las esperanzas de salir de esta pocilga!

– Paciencia, amigo, y barajar, que Dios no abandona á nadie.

– Pero ya vendrán los míos; y entonces, ¡ay de los explotadores del pueblo!

– ¡Hombre, no diga usted disparates! ¡Jesús, Jesús!

– ¡Calle usted, padre Bartolo! ¡Sólo con dinamita y petróleo, pero mucho petróleo, podrán destruirse estas infectas madrigueras que se llaman casas de huéspedes! ¡Exterminio, degüello, guerra sin cuartel!

– *Miserere mei, Domine!* ¡Pobre señor!... La verdad es que yo, si no fuera por mi carácter sacerdotal, en más de cuatro ocasiones hubiera estrangulado á la patrona.

***

– D. Felipe, esto no puede seguir así, usted me debe la mar y... ó me paga usted, ó se marcha en seguidita.

– Doña Sinforosa, tenga usted paciencia, que yo también la tengo.

– Lo que ha de tener usted es dinero.

– ¡Ojalá! Lo que es ganas no me faltan.

– Déjese usted de filosofías; deme usted los veinte duros y pico que me debe, ó lárguese.

– ¡Doña Sinforosa de mi alma! Sea usted caritativa y benévola y concédame un plazo prudencial para buscar esos cuartos.

– No puedo dar plazos, porque en la plaza no quieren razones, sino céntimos. Todo cuesta un ojo de la cara: la carne anda por las nubes; ayer subió el pan, y con la merluza no se puede uno atrever; conque si los huéspedes no andan corrientes, figúrese usted cómo andaré yo.

– Pero si de aquí á dos ó tres días tendrá usted todo lo atrasado y un año adelantado.

– ¡Sí, sí! A otro perro con ese hueso;... también la semana pasada me dijo usted lo mismo, y después recibió dinero de su casa y se lo ha gastado usted con cuatro desgreñadas.

– ¡Señora, cómo desgreñadas! ¡Por los clavos de Cristo! Cualquiera que la oyera á usted me tomaría por un perdido. Sepa usted que esas desgreñadas son personas muy decentes.

– Sí lo serán; pero lo que es aquella que vino á buscarle á usted aquí y armó tanto escándalo, no lo parecía. Por último, ¿me paga usted en seguida? ¿sí, ó no?

– No, no y no.

– ¡Pues al arroyo inmediatamente!

– ¡Bien, me iré! Después de todo, para comer basuras venenosas, dormir en una ratonera y respirar miasmas pútridos, en cualquier parte estaré mejor. Voy á buscar un mozo de cordel que se lleve el baúl y la sombrerera.

– ¡Qué se ha de llevar, hombre, si eso es mío!

– ¿Cómo de usted?

– Sí, señor; pues ¿qué quería usted, que yo perdiera los atrasos? ¡Ca, hijo! ¡Si me han salido los colmillos con los pupilos!...

– Lo que había de salirle á usted era un flemón tamaño como el puño.

– ¡Qué más flemón que usted!

– El baúl es mío y me lo llevaré.

– Eso será cuando usted pague; entretanto, no le dé usted vueltas, no hay baúl.

– ¡Me lo llevaré á la fuerza, patrona de Satanás!

– Tomasa, llama á los de orden y verá este caballero si se puede insultar impunemente á una señora.

– No, Tomasa, no vayas, que el que se va soy yo. Al fin y al cabo, para dormir en un banco del Botánico no hace falta baúl ni sombrerera. Adiós, doña Sinforosa; ya volveré á rescatar esa arca santa del poder de los infieles.

– Vaya usted con Dios, Felipín, y esté usted descansado, que no le faltará á usted nada.

– No es fácil, todo lo que hay dentro no vale una peseta, ¡que si valiera!...

A. DANVILA JALDERO

DEL GUADALHORCE AL GUADALMEDINA

La serranía. – Los túneles y el viaducto Omar ben-Hafzum. – La vega de Alora. – El valle de Cártama. – Málaga.

La locomotora que arrastraba nuestro tren se aproximaba rápidamente á Gobantes. Entre los viajeros se notaba el natural movimiento que al llegar á cada estación se produce; quien se disponía á trasladarse en incómoda diligencia á Ronda ó Carratraca; quien había de apearse para continuar después en caballería á los pueblos inmediatos; quien, por último, se disponía simplemente á cambiar de posición y sitio, aprovechando la salida de los que fueron compañeros de coche. Por mi parte, libre de cuidados de todo género, instalado con tal cual comodidad y dispuesto á no detenerme hasta la vecina costa, me entregué de lleno á la vida del pensamiento, y, reconcentrado en ella, dejé á la memoria y á la imaginación derramar belleza y encanto en los lugares que atravesaba.

Málaga, me decía yo, es por muchos títulos ciudad de privilegio entre las más privilegiadas; rica por su comercio y por su industria; gloriosa y preclara por su historia; bella por su situación, por sus mares, por su cielo y por su clima; estimada y enaltecida por el talento de sus hijos y la belleza de sus mujeres, aún puede permitirse el lujo de que el camino que á ella conduce presente maravillas de la naturaleza, maravillas de la ciencia y maravillas de la historia. Preparando todo ánimo para gozar de sus grandezas, ofrece impresiones al corazón, recuerdos á la memoria, efectos sorprendentes del trabajo humano á la inteligencia.

Lejos estamos aún de la ciudad populosa y, aquí mismo, en este tétrico rincón que se llama Gobantes, han de abrirse las misteriosas puertas que nos conducirán á tales resultados. ¡Cuántos ojos indiferentes posaron un momento su mirada en estas sierras por tantos títulos célebres! ¡Cuántos y cuántos os verán de lejos, rica vega de Antequera, dehesa del Adelantado, llanuras de Campillos, sin sentir brotar una sola idea en su mente! ¡Cuántos se contentarán con medir con torpe vista ese paso de los Gaitanes, ese castillo y mesa de Ardales donde quedó en cifra el último convulsivo movimiento de los aherrojados y vencidos muzárabes! ¡Ah! Por desgracia nuestra somos pródigos en todo, y lo mismo arrojamos á la calle en un momento el puñado de oro que hemos reunido con trabajo, como damos al olvido las no menos preciadas riquezas de nuestra historia y bellezas de nuestro suelo. Fuéramos un pueblo al estilo moderno, y cada palmo de nuestra querida patria sería la admiración de los propios y el asombro de los extraños.

***

Nos encontramos en uno de los contrafuertes del sistema bético de montañas, en la serranía de Ronda y Málaga, en la *Regio montana* que decían los romanos, en los montañosos repliegues que partieron lindes entre los obispados malacitano y astigitano, en los célebres Gaitanes de tan rudas como bellas perspectivas. Ora tranquilo, ora espumoso y precipitado seguimos al Guadalhorce en su tortuoso curso, sondeamos las profundidades de esos terroríficos abismos donde se desploma, admiramos los enormes flancos cortados á pico, la medrosa y enorme peña que se inclina á grande altura sobre nuestras cabezas, los enhiestos picos que quieren escapar á los espacios por no mirar el hondo y renegrido valle que los solicita. Aquí la estrecha rasgadura de dos sierras y en medio bloques en ruinas, vestigios de fuerzas titánicas, rastros inmensos del poderoso rayo; más lejos el ancho boquerón festoneado de verdura por donde en remotos días saliera caudaloso torrente hoy convertido en menudos hilos de brillantes gotas; en esotro lado la rumorosa cascada que hiende, hiende siempre la resistente roca; allí los estratos horizontales permitiendo que sobre ellos se asienten bancales de verdes olivos, de cargadas vides, de fructíferos granados. Tras un paisaje poéticamente aterrador, otro más dulce y tranquilo que un idilio; al pie de la agreste y salvaje peña, el encantador oasis de verdura; en los empinados riscos, la saltadora cabra; en la espesura de la enana palma, el medroso conejo y la clamorosa perdiz; en la cima, más alto aún, el águila potente que traza sus eternos círculos, símbolo de lo infinito; en el regajo, el rudo pastor que cuida su *pitarra*, acecha la torcaz paloma y mira asombrado cómo se desliza entre precipicios este invento moderno que se llama *el tren*.

***

Para que el tren atraviese esta región montuosa y salvaje, donde con tan grandiosa esplendidez se muestra la naturaleza, han sido necesarios esos milagros de la ciencia á que antes aludimos. No se trata en verdad del canal de Suez, ni de la perforación del Mont-Cenis, ni de otras gigantescas obras modernas que han venido á sobrepujar la anticuada leyenda de las ocho maravillas; pero se trata de una serie de obras y construcciones á cual más atrevidas, en la que los negros y prolongados túneles quedan enlazados por ligeros puentes echados á una altura prodigiosa sobre espantables grietas de las rocas; se trata de una construcción casi increíble por las dificultades vencidas; se trata de una lucha que aún dura, después de muchos años, entre las fuerzas materiales de la naturaleza y la fuerza intelectual del hombre para vencer ese paso del Chorro, cuya nombradía llegará á ser en todas partes tanta y tan grande como lo es entre los naturales del país. El ingeniero traza y construye la vía, y la naturaleza, arrastrando los terrenos del monte al llano, arrastra y destruye la obra del ingeniero. Un costosísimo y magnífico viaducto, asentado sobre profundísimos cimientos, sintió falsear y deslizarse sus bases, cuyas ruinas pueden verse con asombro: al viaducto sucedió la provisional desviación que el público llamaba la C; ahora tenemos un nuevo túnel que Dios y la naturaleza conserven fallando este pleito á favor de la inteligencia humana y de la ciencia moderna.

Antes de entrar en el túnel, á mano derecha, como se va á Málaga, se observa entre dos montañas un inmenso depósito de tierra de color plomizo, cuyo cristalizado polvo no se liga, traba, ni sujeta, antes parece dispuesto siempre á la separación y disgregación; á la izquierda el depósito se continúa y extiende su ancha base hasta tocar la margen del Guadalhorce: la superficie que presenta es mucha; su profundidad dicen que es casi insondable. Los estratos de la parte más alta gravitan sobre los inferiores, y como el terreno es suelto y resbaladizo, se produce un lento pero irresistible movimiento de alto á abajo. Así se troncharon aquellos fuertes muros del viaducto que se ven hoy recostados en la parte más honda del valle, y así fué arrastrada una de las obras más admirables de este excepcional camino. Bien puede concederse un poco de admiración á lo que fué y otro poco al magnífico túnel que ahora resiste la temible prueba.

Visto de lejos el camino, su grandeza cede y se eclipsa ante la grandeza del paisaje: desde cualquiera de los altos picos que lo dominan parece en la parte descubierta un profundo arañazo dado en la roca por algún titán de los que sobreponían unas á otras las montañas; sus túneles son la redondeada madriguera de algún monstruo de las primeras edades del mundo; sus puentes, labrado encaje de alguna legendaria araña; el tren mismo, una anillada serpiente que persigue veloz á su tímida presa. ¡Cuánto, sin embargo, no hay de admirable en ese espectáculo!

***

Antes de alejarnos mucho volvamos á nuestra idea primera, y ya que hemos dedicado un momento á la naturaleza y otro á la ciencia, saludemos sombrero en mano la historia de esta parte de Andalucía. Nos hemos dejado atrás, antes de llegar á Gobantes, á la izquierda del camino, esa aislada Peña de los enamorados que se hizo célebre con un poético sacrificio; nos hemos dejado atrás, muy cerca de la Peña, esa ilustre Antequera, asentada sobre las ruinas de tanta célebre ciudad antigua, y orgullosa de los valientes árabes que la poblaron y de los caballerescos cristianos que la cercaron y rindieron obedientes á la señera de aquel infante D. Fernando, que en sus muros se ciñó la corona de Aragón; nos dejamos atrás, á la derecha de la vía, la rica vega del Adelantado, las llanuras que rodean á Campillos, un día fortificadas y atrincheradas por céltica gente; el castillo roquero de Teba, que tremoló orgullosa el pendón vencedor de los Guzmanes; el fuerte castillo de Cañete, la Sábora antigua, feudo un día de los Beni-



CAZADOR DE CABALLERÍA, cuadro de D. José Cusachs

variada, dificilísima de seguir en su curso, pero durante una época encuentra su unidad bajo la jefatura de Samuel ú Omar-ben-Hafzum.

Era descendiente Omar de una ilustre familia goda que se había convertido á la religión de los vencedores y vivía con su padre Hafzum en el lugar de Hinz Ante (Iznate) por los años de 879. Arrogante, valeroso y altivo no domeñaba á nadie su cerviz ni toleraba contradicción á sus aspiraciones y deseos; había nacido para mandar y sentía en su alma ese espíritu superior que hace á

y así en asombrosa alternativa por espacio de mucho tiempo. Las derrotas de los gobernadores de Regio hacen que el sultán le mande sitiar en Bobastro: matiénese dos años en su fortaleza, y al cabo de ellos se rinde al primer ministro Hadzim, siendo conducido con los suyos á Córdoba. Ingresa con su tropa en el ejército, se distingue contra los Benicasí, llama la atención en la acción de Pancorbo; pero disgustado por el poco aprecio en que se le tiene, vuelve á Bobastro en 884, ríndelo por fuerza y se erige en jefe de la raza española del Mediodía. Muchos señores le aclaman por soberano después que se levantó el sitio de Alhama.

El sultán Moudhir (888) lo persigue en su fortísima Bobastro, asuela los alrededores, le pone sitio, y lejos de vencer es vencido por industriosas artes de Omar, que fió á la astucia un triunfo superior al de las armas. Abdallah sucede á Moudhir, y comprendiendo cuánto es el valor y poderío de Omar acude á medios políticos para captársele; le ofrece el gobierno de Regio á condición de que le rinda pleitesía, y aceptadas las proposiciones queda convertido en un feudatario de los sultanes. Poco dura, sin embargo, el forzado acomodamiento: Omar vuelve á Bobastro y permite que sus soldados entren á saco aldeas y lugares hasta las puertas mismas de Osuna, Écija y hasta de la misma Córdoba.

Después de la desastrosa *batalla de la ciudad*, es reconocida por los españoles su soberanía, y lucha con varia fortuna con los jeques Sanwar y Said. Favorece (889) la insurrección de Sevilla y su provincia y resiste en su fortaleza de Bobastro un asedio del sultán, que hubo de retirarse sin conseguir su objeto.

al khalí, florón preciado más tarde de Córdoba la sultana, y lugar por último donde con la espada escribió hazañas Fernán Arias de Saavedra; nos dejamos atrás los fuertes castillos, hoy rendidos por el tiempo, de Hortíjecar y Priego, y las Cuevas, en los que el reinado de D. Juan II escribió timbres para su crónica; nos alejamos ahora mismo de estas mesas de Villaverde, Castillón, peña de Djandares, Hoyas de Solimán, lugares unos á otros inmediatos que á voces nos están diciendo los nombres inmortales de la fortaleza de Bobastro y de su castellano Omar, el héroe de los muzárabes.

Para muchos de nuestros lectores, principalmente aquellos que conocen las producciones de Dory, Simonet, Fernández-Guerra, Lafuente y otros historiadores ó arabistas, son familiares los nombres que acabamos de citar, y en ellos, como en clarísima cifra, saben leer un período de los más brillantes y de mayor interés en nuestra historia patria; para aquellos que por sensible acaso no hayan saboreado las deliciosas páginas que trazaron los sabios ya nombrados, nos permitiremos aquí un ligero extracto, una somera indicación que explicar pueda el período histórico á que venimos aludiendo.

La invasión de los árabes encuentra en España una sociedad gastada y corrompida, en la que al lujo y molicie de las clases privilegiadas se sacrificaba el resto ne la nación sumida en la miseria y en la más abyecta servidumbre. Los árabes se presentan animados de espíritu de tolerancia, permiten los cultos diferentes al suyo, dejan la mayor parte del suelo para que lo labren los regnícolas, les conservan sus leyes y sus jueces, fomentan la prosperidad y la ilustración y suavizan las cadenas del esclavo; los árabes conservan así bajo la bandera del conquistador una numerosa población indígena que ha mejorado de suerte al cambiar de dueño. Pero el tiempo pasa; los nuevos señores afirman y aseguran su conquista; no tienen ya necesidad de la política de transacción y tolerancia que la sabiduría les aconsejó al establecerse, se tocan, antagonismo de religión; la intolerancia crece; la tiranía aumenta; los cristianos sufren hasta el martirio, y los renegados, con quienes tan rígida es la ley mahometana, se ven, entre la desconfianza de los unos y el desprecio de los otros, lanzados en una rebelión en la que pretenden alzar el estandarte de la patria española, bajo el cual un momento se cobijaron los mismos cristianos. La lucha es larga y



CAZADOR DE INFANTERÍA, cuadro de D. José Cusachs

los héroes mirar como pequeño cuanto les rodea. Con semejantes condiciones de carácter, no es extraño que un día viera su mano enrojecida con la sangre de un homicidio; la ley le persiguió, y su padre y él vinieron á refugiarse al pie de esta montaña de Bobastro, salvaje y escondido retiro, donde con facilidad escaparían á la persecución. El genio inquieto de nuestro héroe no podía acomodarse á la paz y sosiego de una vida vulgar y ordinaria; nuevas aventuras le atrajeron cuentas nuevas con la justicia, y perseguido por ésta, buscó más lejano refugio en la vecina Africa. Llegado á Tahor, se dedica al aprendizaje de un oficio, pero llegan hasta él las noticias de la patria, oye decir el lastimoso extremo á que los renegados se ven reducidos, hieren su corazón las quejas de la gente española, y como obedeciendo á sobrenatural impulso, se decide á levantar contra los Omeyas el estandarte de la rebelión. Con su primera partida (880 á 881) se establece en Bobastro, realiza atrevidas correrías, ataca luego á las ciudades, vence al gobernador de Regio y obliga á otro segundo enviado contra él á pactar una tregua. El comienzo del rebelde Omar no podía ser más brillante.

A la victoria suceden, sin embargo, bien presto los reveses, como á éstos volverá á suceder la victoria,



OFICIAL DE DRAGONES DEL EJÉRCITO FRANCÉS, cuadro de D. José Cusachs

Se apodera incontinenti de Osuna y Estepa y es reconocido soberano por Écija, en cuyo punto, y sabiendo que le persigue un poderoso ejército, acepta la paz que le ofrecen á condición de que se le deje el gobierno del territorio que posee.

Su organismo no estaba hecho para la paz; misión

PARTIDA DE CARTAS, cuadro de D. José Miralles Darmanin



MUERTE DE MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA. – COQUETERÍA. – UN CORPUS DE SANGRE. – VANIDAD

Esculturas de D. Rafael Atché

ó aspiración, es lo cierto que no durmió nunca sobre los laureles y que apenas reposado de una campaña rompía tratos y compromisos y daba comienzo á otra nueva, siempre, sin duda, con sobrado motivo cuando defendía aquella oprimida raza que yacía expirante bajo el férreo yugo de los sultanes. Al rebelarse nuevamente, se apodera de Baena, se hace obedecer en toda Andalucía y pretende del califa de Bagelad el título de gobernador de España, que sin duda hubiera conseguido sin la desgraciada rota de Poley, en abril de 891. Después de ella pierde gran parte de sus conquistas y se ve acosado en su fortaleza de Bobastro; pero no tarda en reponerse, se apodera de Archidona y Elvira, toma á Jaén y recupera (892) todas sus anteriores conquistas, menos Ecija y Poley. Su influencia y poderío duraron aún cinco años más; perdió después á Jaén, fué derrotado en la batalla de Guadalbollón, el entusiasmo que inspiraba en la Serranía se fué extinguiendo, y al fragor de las armas sucedió en Bobastro el eco de los místicos cantos de Argentea, la hija de nuestro héroe, canonizada por la Iglesia. Omar murió en Bobastro en 917, su dinastía no pudo sostenerse (1), su memoria cayó en profundísimo olvido, del que ahora comienza á resucitar, su fortaleza está hoy humillada y confundida con el polvo, su agreste situación se ve turbada por el áspero silbido de la locomotora; sólo el Guadalhorce permanece el mismo arrullando siempre aquellas rocas que fueron segunda Covadonga y que hubieran igualado el brillo y nombradía de la primera á permitirlo el éxito y las leyes de la Providencia. Medio siglo de dinastía española dentro del territorio mismo de los sultanes, medio siglo de cruento batallar por una patria tan suspirada como perdida, es una epopeya que merece un recuerdo y un saludo cuando se atraviesan estos lugares.

***

En tales pensamientos é imaginaciones andaba yo detenido cuando me encontré en la pintoresca y bellísima estación de Alora. ¡Qué contraste tan especial puede notarse en ella! Arriba, en la cumbre del monte, la ciudad empinada y tortuosa de la Edad media, el castillo roquero, los recintos y murallas; abajo, la simétrica calle de los modernos *chalets*, la población confiada del siglo XIX, el lujo y los goces de la vida al alcance de fortunas mediocres, el ruido de la industria moderna que anuncia la buena nueva de una civilización que casi toca ya el supremo límite á que llegará; allí, en lo más alto, nos muestra la imaginación el ruido y choque de las armas, el rechinar de las cadenas, la enhiesta enseña de la torre del homenaje, el arcabuz ó la ballesta del centinela, el pueblo miserable que anida al abrigo de las murallas, el campo inculto en que á lo sumo pastan algunas piaras de ganado, el enemigo que acude y sitia, las máquinas de guerra que se emplazan, las escalas lanzadas al muro sobre las haces que llenaron el foso, el crujir de armaduras que se chocan, el chocar de blasfemias que se cruzan y la sangre que todo lo llena y cubre con su horrendo manto de púrpura; aquí, en el valle, la lucha de la imaginación y de la inteligencia, la razón esforzándose por desatar ligaduras de antigua servidumbre, la ley borrando añejas desigualdades de clase, la moral abrazando en un solo amor de hermanos á los que fueron esclavos y señores, la ciencia conquistando para el hombre la emancipación posible de sus dolores y necesidades físicas, rodeándolo del posible bienestar, la agricultura haciendo que la naturaleza pródiga derrame sus frutos más exquisitos, la civilización entera conspirando á la obra del progreso y de la perfección moral y material; arriba, el pasado, la tradición, lo que fué, la ruina arrogante y curiosa, la impresión para el corazón y el sentimiento, el estudio para el arqueólogo, la enseñanza para el historiador; abajo, el presente, la vida, la construcción graciosa y esmerada, la impresión para la inteligencia, la enseñanza para el político; arriba, la adorada leyenda, abajo la valiosa realidad, dos eslabones de nuestra vida nacional cuya reunión es luz intensa é inextinguible para todo cerebro pensador.

¡En marcha! Ha sonado el silbato del tren, y las ruedas al rozar con los rieles repercuten el cadencioso movimiento del cilindro de vapor. La vega nos descubre todos sus esplendores; los altos cipreses recortan con sus alineadas plantaciones esos cuadros indescriptibles de naranjos y limoneros cargados de azahar y fruto, en que se combinan con arte mágica las verdes y aterciopeladas hojas, las blancas y olorosas flores y el dorado ó amarillo fruto que agobia las potentes ramas; el aire que se respira es aroma delicioso, perfume en que mil olores se confunden; las blancas casillas de las huertas están hundidas en canastillos de brillantes flores; las corrientes de agua matizan y animan el paisaje dándole vida y movimiento; el río cruza rumoroso por el centro de este oasis; la palmera, siempre graciosa, eleva aquí y acullá su labrado tronco y su abovedada copa; los flancos del valle están sembrados de preciada oliva, los altos cerros limitan un horizonte que se confunde con el mar azul y transparente de los cielos, el viajero se aleja triste como si el corazón quedara preso en el amor de tantos encantos.

Otros nuevos ofrece el valle de la Pizarra y Cártama, que juntos con el de Alora constituyen la celebrada Hoya de Málaga; pero atentos á no cansar á nuestros lectores, omitimos la descripción de estos nuevos sitios que atraviesa la locomotora y donde como novedad se nos presentan extensas plantaciones de la preciada caña de azúcar. A la derecha dejamos á Cártama, que apenas ha cambiado algo de su nombre romano y que conserva mucho, en notables ruinas é inscripciones, de lo que fuera en remotas edades; enfrente tenemos á Málaga, la de origen púnico y notable historia, la ciudad más comercial de Andalucía y la que más crece y se desarrolla en estos tiempos modernos.

Al aproximarse á ella los viajeros se ponen en movimiento, los naturales del país se preparan á evacuar los asuntos que á la capital les llevan; los curiosos se disponen á recoger impresiones, los extranjeros esperan ver lo que leyeron en su país en libros que pintan una España que no existe. El ruido del tren es dominado por otro ruido; en un coche de tercera baten palmas, suena una guitarra, llevan las cadencias con monótonos golpes y se oye cantar esta copla:

Marinero, sube al palo:
Pregunta á la mare mía
Que si se acuerda de un hijo
Que en la marina tenía...

Antonio Aguilar y Cano
De la Real Academia de la Historia

(1) A Omar sucedió su hijo Diafar, á éste su hermano Solimán y á éste Hafz.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – El Consejo federal suizo ha adquirido en la Exposición suiza de Bellas Artes 22 cuadros al óleo, siete acuarelas y pasteles, dos colecciones de grabados y dos trabajos plásticos por la suma total de 54.000 pesetas.

– El ministro de Cultos de Prusia ha presentado á la Asociación de Artistas un programa para reorganizar las exposiciones artísticas de Berlín, en el que se propone la creación de una Asociación general prusiana para Exposiciones, la aplicación de los ingresos sobrantes á la compra de obras para el Estado, el nombramiento de un comisario del Gobierno permanente y también – á lo menos para los primeros años – el del presidente de la exposición, que sería de incumbencia del ministro. Estas proposiciones han sido por unanimidad declaradas inaceptables, y los individuos de aquella Asociación y la Académica han nombrado una comisión mixta para formular un contraprograma, que será presentado al ministro como expresión de la voluntad de todos los artistas berlineses, que rechazan enérgicamente toda intervención del Estado en cuanto se relaciona con las exposiciones de bellas artes.

Teatros. – Continuando las representaciones de operas de Wagner, se ha puesto en escena últimamente en el Covent-Garden, de Londres, *Das Reingold* (El oro del Rhin) con brillante éxito. El empresario de este coliseo está preparando ya los espectáculos de la próxima temporada: en agosto se dará una serie de conciertos clásicos bajo la dirección del maestro Bevignani; en otoño una serie de óperas de Wagner en alemán ó en inglés, y en la Nochebuena el coliseo será convertido en una Feria colosal de la antigua Nuremberga, para lo cual se construirán dentro de la sala edificios *ad hoc*, se encargarán á Alemania hermosos juguetes y se organizarán multitud de diversiones y entretenimientos propios de la época.

– En el teatro Moderno, de París, se ha estrenado con éxito una tragedia en tres actos en verso libre, de E. Dujardin, titulada *Le Chevalier du passé*, que es la segunda parte de una trilogía, *La legende d' Antonia*, cuya primera con el título de *Antonia* se representó hace poco tiempo. La obra pertenece á la escuela místico-simbolista de la que su autor es uno de los principales jefes.

Barcelona: Se han estrenado con buen éxito en el teatro de Novedades, por la compañía que dirige el Sr. Mario, *Sic vos non vobis, ó La última limosna*, delicada comedia en tres actos de D. José Echegaray; *Lo que no muere*, comedia interesante del Sr. Martínez Barrionuevo, y *Realidad*, el tan discutido drama del Sr. Pérez Galdós; en el teatro Lírico, por la compañía de la Sra. Tubau de Palencia, el drama de Sardou *Thermidor*; en el teatro del Tívoli la opereta en tres actos *Surcouf*, letra de Chivot y Duru, arreglada á la escena española por D. Rafael M.ª de Liern y música del maestro Planquete, y en el Eldorado *Las campanadas*, letra de los Sres. Arniches y Cantó, música de Chapí.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Don Emilio Pi y Molist, médico de número del Hospital de Santa Cruz de esta ciudad, presidente de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona; fué uno de los más eminentes frenópatas de España y uno de los más entusiastas cultivadores de la buena literatura: sus especialísimas dotes de alienista y literato aparecen en bellísimo consorcio en su hermoso libro *Los primores del Quijote*, en el que con lenguaje castizo, elegante, clásico, se examinan puntos de vista completamente nuevos de la obra inmortal de Cervantes.

Yates Carrington, célebre pintor de animales inglés.

L. H. Boyle, contraalmirante de la marina inglesa: hizo toda la campaña de Crimea y asistió al bombardeo de Sebastopol, habiendo sido premiados sus servicios con las medallas de Crimea y Turquía.

NUESTROS GRABADOS

Negocio redondo, cuadro de D. Antonio Fabrés. – La explicación de este cuadro queda hecha con sólo mirarlo, y bien se comprende que si los dos ladrones no se ven sorprendidos en su faena, el negocio habrá sido redondo para ellos. En cuanto al robado es de suponer que, á pesar del fatalismo musulmán, difícilmente ha de resignarse á esta desgracia, porque, la verdad sea dicha, el tesoro de que le despojan es capaz de hacerle olvidar el consolador «¡estaba escrito!»

De la maestría con que Fabrés ha pintado la escena es ocioso hablar, porque harto conocida es la habilidad con que su pincel reproduce en el lienzo las maravillas de color de los tipos, muebles, tapices, joyas, adornos y toda clase de detalles de ornamentación de los países de Oriente.

Las primeras rosas, cuadro de Herberto Schmalz. – La emoción estética puede producirse en pintura de muy diversos modos: quién apela para lograrla á grandes efectos, quién recurre á los medios sencillos: desde la epopeya hasta el idilio, desde el cuadro de historia al de costumbres, desde la combinación complicada de figuras hasta la reproducción del más insignificante paisaje, en todos los géneros y por todos los procedimientos puede conseguirse, cuando el alma del artista ve en lo que tiene delante algo más que un conjunto de líneas y colores. El autor de *Las primeras rosas* ha producido una obra sentida sin más que pintar la figura de una hermosa joven todavía ataviada con las galas de invierno y recreándose en la contemplación de las primicias primaverales. La parte técnica del cuadro ofrece, además, no menos primores que la psicológica, y así ha podido Herberto Schmalz producir una obra bellísima que le acredita de maestro consumado en el arte pictórico.

Cazador de caballería. – Cazador de infantería. – Oficial de dragones, cuadros de D. José Cusachs. – Tres acabados y felices estudios de tipos militares nos ha ofrecido el pintor D. José Cesachs, que aun en la imitación de su especialidad halla siempre variación en los asuntos. En ellos demuestra á cuánto llega como pintor, y el profundo conocimiento que tiene de cuanto constituye la vida y el modo de ser de la gran familia militar. Cada estudio es un cuadro y cada lienzo significa un concienzudo estudio. *El cazador de caballería* y el *cazador de infantería* son tipos genuinamente españoles, pertenecen á nuestro ejército y evocan el recuerdo del animoso cabo Mun ó de esos sufridos, sobrios y ágiles infantes que tanto interés despiertan á los generales extranjeros. Cuanto al oficial de dragones francés, parece obra de uno de esos famosos pintores militares de la vecina nación, que á tan alto puesto han sabido colocar el género especial que con tanto aprovechamiento cultiva José Cusachs.

Partida de cartas, cuadro de D. José Miralles Darmanin. – *Partida de cartas* parece un cuadro de escuela alemana contemporánea, dado el asunto en él desarrollado, y sin embargo, es obra de un distinguido pintor español, que ha logrado fama, viviendo en la vecina nación, de excelente colorista.

El Sr. Miralles ha sabido demostrar en esta nueva producción á cuánto llega como correcto dibujante y la facilidad que posee para agrupar las figuras, de donde resulta la belleza de la composición á pesar de la sencillez del asunto.

La escena representada desarróllase en el interior de una taberna, en una de esas infinitas *Weinstubes* de cualquiera ciudad alemana en la que alrededor de una mesa pasan algunos soldados alegremente el tiempo jugando y bebiendo, servidos por algunas muchachas, á quienes distraen asimismo los azares del juego.

Hay que advertir que si bien los tiempos han pasado las costumbres son idénticas, y que el soldado, ora vista el coleto de nuestros tercios de Flandes ó la cerrada levita prusiana, busca en las tabernas los grandes jarros de cerveza y la alegre sonrisa de las *kelnerins*, siempre complacientes y dispuestas á agradar á los parroquianos para obtener algunos *pfenigs* de propina.

El lienzo que reproducimos llamó justamente la atención de los inteligentes en la última Exposición Nacional de Bellas Artes, en donde fué adquirido para formar parte de la colección de un distinguido *amateur* marsellés.

Muerte de Marco Antonio y Cleopatra. – Coquetería. – Un Corpus de sangre. – Vanidad, esculturas de D. Rafael Atché. – En distintas ocasiones nos hemos ocupado de las obras de este distinguido artista, y nos hemos complacido en rendirle un tributo de admiración por su constante labor y portentosa genialidad. Esta no decae, se acrecienta, si cabe, á medida que las ideas que concibe cobran forma, y el barro se anima, por así decirlo, entre sus dedos. El feliz autor de la estatua que corona el monumento de Colón, ha logrado en un período de tiempo relativamente corto figurar á la cabeza de nuestros escultores. Joven, sencillo, franco, pocos adivinarían en Atché, por su exterioridad, á un artista llamado á producir obras de excepcional importancia.

La muerte de Marco Antonio y Cleopatra y *el Corpus de sangre* recuerdan al autor de *El mal ladrón* y *La muerte de don Juan II*. En estas obras como en aquéllas revélase el vigoroso ingenio de Atché, la febril rapidez de su labor, tardía para desarrollar sus concepciones. De ahí que se observen en todas sus obras esas violencias, que acusan la espontaneidad, tan distante siempre del cansancio de la detenida ejecución.

Rafael Atché, aunque en lo sucesivo no produjese nuevas obras, tiene ya sobrados méritos para lograr el respeto y la consideración que infunde el genio.

León, escultura de L. Vidal. – He aquí una obra cuyas hermosas cualidades sorprenden tanto más al observador cuanto que es debida á un artista afectado por terrible dolencia que no le impidió, sin embargo, ser uno de los más famosos escultores franceses: Vidal, el que modeló el soberbio león que reproduce nuestro grabado, era ciego y ha fallecido recientemente, según dijimos en la sección necrológica de nuestras últimas *Misceláneas*. Sus obras se encuentran actualmente en los principales museos de Francia y del extranjero. Había sido premiado varias veces en salones y exposiciones y estaba fuera de concurso en el Salón de los Artistas franceses.



Aún me amaba, á pesar de lo que había dicho, pues por su propio impulso rodeó mi cuello con sus brazos.

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

– Desprecio, no, repuso Magdalena; usted no puede inspirármele, pues su decisión... aunque me haya hecho sufrir un momento, es propia de un corazón elevado, pero que tal vez se exagera su deber. Además, no sé si por altivez ó por reflexión me sorprendió haber leído su carta con tanta calma, y sentí que mi amor se transformaba de repente: quedaba la admiración, sí, la admiración por su carrera y por los peligros que había corrido, y que á mis ojos le hacen muy superior á los demás; pero también me compadecí, y no le resienta á usted esta palabra, pues la compasión se puede sentir por un hermano cuando se adivina que no es feliz. Volví á experimentar un sentimiento semejante al que sentí cuando era niña; de este amor no debía sonrojarme ya, y él, según he dicho, es el que me ha traído aquí. ¡Adiós, Pedro; que Dios le proteja!

Así diciendo, abandonó mi mano y dirigióse lentamente hacia la puerta, con la cabeza vuelta hacia mí...

¡Ah! Pude comprender que decía verdad y mentía á la vez, engañándose á sí misma. En mi espíritu se producían claridades límpidas, intermitentes, como las de una lámpara que está á punto de apagarse. Mientras Magdalena hablaba, yo había penetrado todos los misterios de aquel corazón de joven; adivinaba la belleza del amor que de él rebosaba siempre, su esencia verdaderamente pura, que el amor del hombre no tendrá jamás, y que éste no comprenderá apenas, como tampoco apreciará sus infinitas delicadezas. Admiraba el carácter recto á la vez que firme de Magdalena, que no se había desviado jamás, á pesar de todo, de la línea que se trazó desde su infancia.

Entonces sentí que se despertaba la cólera contra mi destino, y á mis labios llegaron palabras de amor...

No sé por qué esfuerzo conseguí callarme, por qué fuerza logré devorar las lágrimas que abrasaban mis ojos... ¡Ella, Magdalena, mi adorada, á quien tal vez amaba ahora más que nunca, al verla perdida para mí! ¡Ella, ahora tan cerca de mí, dentro de un minuto, de pocos segundos, desaparecería para siempre como un sueño!

¡Y verla tan hermosa y tan amada, escuchar su dulce voz, aspirar el perfume que se exhalaba de sus primaveras!...

Con la mano sobre la llave de la puerta, con los labios entreabiertos por una

sonrisa que iluminaba su rostro surcado por las lágrimas, como preciosa flor cubierta de rocío, ofrecíame su frente en el postrer adiós... Pero como si sus labios hubieran sido imanes, atrajeron los míos.

Magdalena iba á salir de la estancia... Entonces adelantéme bruscamente, la cogí por el talle, apliqué mi boca á la suya, y dejé que se exhalara todo el amor que había jurado ocultar.

Magdalena palideció primero, por efecto de la sorpresa, luego se sintió embriagada por aquellas caricias desconocidas. Vino á sentarse ó yo la atraje, no lo sé á punto fijo, junto á mí... Por un breve instante sus ojos lánguidos se cerraron... Aún me amaba, á pesar de lo que había dicho, pues por su propio impulso rodeó mi cuello con sus brazos...

¡Oh! ¡Qué sensación me produjeron aquellos brazos desnudos, sensación de frescura y abrasadora á la vez!

– ¡Me ama usted, dijo, y sin embargo se va!

Por toda contestación cubrí de besos sus mejillas, su boca y su cabello; y como comprendiese que deseaba hablar, la estreché con más fuerza. Entonces su resistencia redobló; con sus pequeñas manos apoyadas en mis hombros, desvió mi cabeza, y sus ojos, muy abiertos ahora, sondearon los míos con penetrante mirada: los suyos tomaron una expresión de tristeza y de terror: la vi sonrojarse y palidecer sucesivamente; pero sin darme cuenta de las impresiones dolorosas que podían agitarla y sin sentir otra cosa que su boca brutalmente apretada contra la mía y sobre mi pecho su purísimo cuello de virgen...

¡Estaba verdaderamente loco! Parecíame que el amor y la felicidad habían tomado una forma palpable, encarnándose uno en otra, y que los tenía entre mis brazos á punto de escapárseme. Por eso no me cansaba en culpables esfuerzos para conservarlos, sin echar de ver que los mancillaba, que los destruía para siempre...

Después ya no pensé más... El delirio de mi fiebre, aumentada por el contacto de aquel cuerpo perfumado, toda la bestialidad que dormita en nuestros pobres corazones se había despertado en mí con una violencia que me impedía reflexionar: el respeto debido á la joven pura, á la prometida; mis juramentos;... todo lo olvidé. ¡Qué despreciable era!

Sí, estuve á punto de ser un infame, y lo hubiera sido sin duda si Magdalena no hubiese logrado, merced á un poderoso esfuerzo, desasirse de mis brazos... Se levantó de un salto, mientras que yo, de rodillas á sus pies, besábaselos avergonzado y confuso.

Cuando alcé la cabeza para mirar á Magdalena, me asombró esta vez la expresión de duda y de dolor que se manifestaba en su semblante. Jamás olvidaré la mirada de desprecio, á la vez cándida y desilusionada, que fijó en mí y que súbitamente desvaneció mi embriaguez.

No viendo en mi brutal acometida sino un vago peligro, un triste desengaño, y herida en su orgullo más aún que en su amor, por una súbita revelación manteníase erguida y altanera, con un látigo en la mano, cogido al azar durante la lucha.

Dejóle caer, y mirando el Cristo que adornaba la pared al pie de mi lecho, me dijo:

– Escuche usted: ¡ante esa imagen sagrada, delante de ese Cristo, juro, entiéndame bien, que jamás seré su esposa!...

Después, fijando nuevamente la mirada en mí, como si no pudiese desechar del todo la compasión, añadió:

– ...¡A menos de que se realice un milagro!

Me levanté, pero Magdalena había desaparecido ya... Abrí la puerta para ir en su seguimiento... corrí sin saber lo que hacía, lo que esperaba ó lo que deseaba, y faltábame poco para alcanzarla cuando llegó á su casa. Entonces oí cerrar bruscamente la verja, y el ruido del hierro resonó en mi pecho como un martillazo, como el golpe descargado sobre un ataúd cuando se encierra el cadáver...

***

Octubre, 1881

A los dos días estaba yo en Tolón, y pocos después el *Vulcano* se hizo á la vela para las Antillas.

Desde aquellos remotos países comencé dos ó tres cartas para Magdalena, tratando de explicar mi conducta, sin denunciar la promesa arrancada por el señor de Nessey, aquella promesa que por sí sola hubiera bastado para excusarme... Pero no tenía derecho para hacerlo, puesto que había prometido callar. Por otra parte, prescindiendo de mi juramento, mi conciencia misma me imponía silencio, porque no podía contestarme categóricamente cuando le preguntaba si me habría casado yo con Magdalena en el caso de que su padre no hubiese ido á verme. ¿No hubiera retrocedido ante el dolor ocasionado á mis padres, yo, tan débil ante las lágrimas? ¿Y no habría encontrado por lo menos una satisfacción en la resolución adoptada, exaltando en mi cerebro ideas de sacrificio?

¡Ah! ¡Cuán bien sabemos poetizar cuando queremos, aun los seres más prosaicos! ¡Qué talento tenemos para dar colorido á nuestras frases, hilvanarlas, y escudarnos con ellas como con un brillante manto, para encubrir nuestros actos más sencillos y á veces hasta los que son culpables! ¡Sacrificio! Palabra prostituída por tantos labios indignos, con frecuencia más llena de orgullo que de verdadero deber cuando la pronuncia uno mismo, y que yo no quiero volver á oir...

Hoy, más reflexivo, menos apasionado, viendo que la mejor parte de mi corazón pertenece aún á Magdalena y al recordar la ternura de mis padres y lo mucho que me exageraba el rigor de sus ambiciones, pienso que me habría casado con mi compañera de la infancia al cabo de algún tiempo, muy poco, si nada hubiera prometido al Sr. de Nessey, y sobre todo, si por un olvido censurable, cuyo recuerdo me avergüenza, no hubiese sido causa de que se remontase al cielo, de donde procedía, el casto amor de mi adorada Magdalena.

Las cartas comenzadas no se concluyeron jamás...

¿Para qué, puesto que nada podía decir, ni acusarme ni excusarme?

¿De qué servían, si estaba atado de pies y manos?

Generalmente experimentamos la necesidad de ser amados ó compadecidos; pero yo no podía esperar lo uno ni lo otro, y si contaba con el aprecio de mis padres y acaso también el del Sr. de Nessey, faltábame el de Magdalena y hasta el mío.

Por otra parte, el tiempo pasa, la vida sigue su curso arrastrándonos consigo... Yo recibía á menudo cartas de Juana, que estaba contenta porque iba á unirse con el hombre á quien amaba; reflejábase en mí su dicha, y hasta yo mismo era feliz. Cuando pensaba en Magdalena, sentía pesar, mas no era muy vivo ni angustioso; nada se conocía en mi exterior, y aceptaba plenamente el hecho consumado, considerándole irremediable...

«¡A menos de un milagro!» había dicho ella cuando creyó comprender que el amor del hombre no se componía más que de un elemento material y frágil. Y el suyo había muerto.

«¡A menos de un milagro!»

En otro tiempo, Dios resucitó á Lázaro; pero ya no hay milagros hoy...

Allá, en las Antillas, en el Senegal, en las dos Américas, dondequiera que mi buque me condujo, tuve goces y fastidios, tristezas y alegrías; esta es la vida; pero ninguna pena verdadera: esto era todo cuanto podía pedir.

Y el tiempo transcurría.

De Magdalena no quedaba ya en mi corazón más que una especie de remordimiento ligero y delicioso...

Con motivo de su casamiento, Luis, tan perezoso siempre, me escribió siete páginas para decirme tan sólo que era feliz. Magdalena, para manifestar su indiferencia y acaso su perdón, llenó la octava con su escritura fina y compacta, sin hacer la menor alusión al pasado: era una página fraternal, como hubiera podido escribirla Juana; una página muy tranquila, bien estudiada, sin duda, en la que se revelaba el acostumbrado afecto, pero no el amor, adivinándose al mismo tiempo un punto de compasión, tal vez de indulgente desprecio.

Aconsejábame que me casara á mi regreso, pues ella pensaba hacerlo con su primo de Branges, cuya constancia le inspiraba compasión; pero no pensaba darse prisa.

Y tan poca se dió, que cuando volví, al cabo de dos años, de Branges seguía esperando.

***

Volví á ver á Magdalena dos veces, tan sólo dos, en Niza, donde su padre había sido nombrado tesorero general. Por la acogida que me hizo la señorita de Nessey comprendí que todo había concluído irremediablemente: nada de turbación ya, ni emoción alguna; mucha tranquilidad de ánimo, una gracia trivial, un poco de compasión en el fondo, y nada más. Traté de hacer algunas alusiones al pasado, y pude admirar entonces el talento en el disimulo, la facilidad de las mujeres para olvidar, y su poco embarazo en las conversaciones más difíciles. Magdalena aparentó no comprender, y hubiérase dicho que jamás había mediado nada entre nosotros, por lo cual resolví evitar en adelante su presencia, no sintiéndome con valor para dominarme tanto.

Mis padres continuaban viviendo en Versailles, donde fuí á pasar algunos meses en su compañía. Eran felices como no lo habían sido nunca; Juana estaba casada con el hombre de su elección, que satisfacía por demás sus ambiciones; yo acababa de obtener una condecoración, parecía alegre é indiferente y lo estaba en realidad. Sin embargo, los primeros días experimentaron cierto malestar en mi presencia; quedábales la duda sobre si yo conservaba algún rencor, y mi padre, con su rectitud habitual, resolvió explicarse con toda franqueza.

– Escucha, Pedro, me dijo: hace dos años te dí los consejos que mi experiencia me dictaba. Después he reflexionado, y pudiera ser que hubiese cometido un error; pero de todos modos me harás la justicia de reconocer que me había resignado á dejarte obrar á tu antojo. No fué una oposición propiamente dicha lo que yo te hice; me limité á hacerte reflexiones, pero no quisiera que un recuerdo te hiciese desgraciado.

– No lo soy de ningún modo, padre mío, contesté; ya no pienso en el pasado, y supongo que la señorita Magdalena menos aún que yo.

– ¿Es la pura verdad eso que me dices? Reflexiona. Yo soy quien ahora quiere hablarte de ella, porque he podido apreciarla desde que pertenece á la familia. Es una joven dotada de una voluntad de hierro, sin dejar por eso de ser una mujer buena, religiosa y económica. Tenías razón: bajo sus modales libres y una aparente indiferencia por la opinión pública, oculta las más bellas cualidades y los más elevados sentimientos. Mi principal objeción, ó mejor dicho, la única, era la dote; á nosotros los padres convenía tratar esta cuestión, y yo entonces cumplí con mi deber.

– ¡Padre mío, tranquilízate! ¿Qué puedo echarte en cara á ti que eres tan bueno y tan leal? No te conocía cuando era más joven; pero á medida que avanzo en la vida, mayor es el cariño que te profeso.

– Gracias, hijo mío, pero déjame concluir y sé sincero. Si piensas aún en Magdalena, advierte que lo mejor sería decirlo y unirte á ella.. si es que ella sigue pensando lo mismo, pues las mujeres son volubles, y me ha sorprendido su indiferencia siempre que se trata de ti delante de ella... ¿No te causa esto pesar por lo menos?

– A mí ninguno, contesté.

– Todo cambia, prosiguió mi padre, y hasta la cuestión de la dote ha cambiado también. Sabrás que Magdalena ha adquirido una pequeña herencia. Aquella madrina de quien se hablaba, y en cuyas promesas no creí nunca, existía en efecto, y lo que ofrecía era una verdad. Ha muerto durante tu ausencia. Tú mismo no eres ya el desheredado de otro tiempo, porque Luis, al unirse con Juana, no ha querido ni siquiera oir hablar de tu sacrificio...

– ¿Sacrificio? No pronuncies esa palabra.

– Ha sido su voluntad, continuó mi padre, que la repartición se hiciese por igual entre Juana y tú, y en vista de esto entregué á tu hermana como dote la mitad de todo cuanto poseía. Luis rehusaba; pero yo me empeñé. Dos viejos como tu madre y yo no necesitamos gran cosa; las rentas de la mitad de nuestra fortuna nos bastan con creces, y hasta economizamos algo... por costumbre, añadió sonriendo. Esa mitad será para ti, y solamente los ahorros se repartirán con tu hermana, porque es de justicia. Cierto que no recibirás eso hasta después de nuestra muerte, pero ya comprenderás que no puede tardar mucho...

– ¡Padre mío, repuse, te ruego que hablemos de otra cosa! Me conmueve más de lo que pudieras imaginar todo cuanto me dices; pero te aseguro que no pienso en casarme, ni con la señorita de Nessey ni con ninguna otra.

– ¡Tanto peor, tanto peor!; sería preciso pensar en eso; pero de todos modos, me alegro mucho que no eches nada de menos. Y si así fuese, tal vez nosotros podríamos arreglar el asunto.

– No, padre mío, nada echo de menos, nada absolutamente, contesté sonriendo para terminar la conversación,

Nada se podía arreglar ya; todo estaba concluído, y había suplicado al señor de Nessey que me devolviese mi palabra; pero el testarudo anciano, siempre irónico y escéptico bajo su fondo de bondad, no había querido escuchar nada.

¿Qué milagro podría probar á Magdalena la realidad de mi amor, más puro y más profundo de lo que ella imaginaba? ¿Qué milagro me daría el derecho de revelar la promesa que me fué arrancada? ¿Y no se decidiría Magdalena antes de esto á unirse con el Sr. de Branges?

Fiel á mis resoluciones, no volví más á Niza, ni á Versailles cuando la señorita de Nessey estuvo allí; y evité toda ocasión de encontrarme con ella, sin conseguir jamás olvidarla.

Mi pobre padre murió pocos meses después de aquella conversación, y entonces experimenté el más intenso dolor de mi vida, porque había ignorado siempre el sufrimiento completo: la pérdida definitiva de un ser amado es, en efecto, el único dolor que debía conmover á un corazón viril. La muerte es lo irremediable, el eterno adiós... ¡Cuánto daría por creer firmemente que nos volveremos á encontrar allá arriba!... ¡Pero ¡ay! si en algunos momentos pienso que es así, en otros no puedo menos de dudar, sí, de dudar profundamente!

***

Rada de la Goleta, 2 *noviembre* 1881

Ayer llovía á torrentes cuando ya terminaba las últimas páginas de la novela de mi juventud... Diríase hoy que toda esa agua caída ha lavado las impurezas de la atmósfera; el aire es más ligero y transparente, y la vida se aspira mejor. El sol calienta todavía, aunque estamos á 2 de noviembre, pero ya no quema; su luz es menos deslumbradora y los colores que distribuye tienen un tono más suave. El mar está terso como un espejo; ni la más ligera brisa viene á rizar su líquida superficie, y en el horizonte se ve la cálida bruma elevándose en remolino como un silfo travieso...

En el fondo de la vasta bahía osténtanse las casas de la Goleta, deslumbrantes de blancura; detrás, las pequeñas colinas de color azulado que las hierbas abrasadas siembran de manchas amarillentas, van á morir á los pies de la derrumbada Cartago. Entre esta última y la Goleta, acá y allá algunas casitas surgen de un grupo de plátanos ó de acacias: aquí un palacio del bey; más lejos el castillo de Keredine, pequeño caserío muy blanco; un harén, otro castillo, y por último la colina, de un tinte rojizo, sobre la cual se eleva la tumba de San Luis. ¡Después Cartago!... ¡Pobre Cartago... algunas piedras, un montón de polvo, nada; pero que llena todo el país con su recuerdo!

A la izquierda desde la Goleta al cabo Bon, una serie de montañas, á cuyo pie se ven dos ó tres pueblecillos, siempre blancos, de una blancura que fatiga la vista...

Tal es el espectáculo que tenemos sin cesar ante nuestros ojos. Según los días, el cielo está más ó menos azul, y hasta algunas veces, cosa rara, vemos alguna nube; el mar está tranquilo ó agitado, con más frecuencia esto último; pero el fondo del cuadro siempre es igual, tan lúgubre, tan desierto y tan triste.

Cuando se está en campaña es indispensable cambiar de sitio, porque si no, llega pronto el aburrimiento, ó bien se sueña demasiado, y la meditación es nociva, porque puede adormecer la voluntad. Los días transcurren aquí monótonos, completamente semejantes unos á otros; y en nuestro buque, en la rada de Túnez, estamos tan lejos del mundo y de sus agitaciones como si nos halláramos en un islote perdido en medio del Océano.

No obstante, cerca de nosotros tenemos una nueva Francia, demasiado cerca, porque no es Francia y en cambio ha dejado de ser Túnez: de día en día esta regencia se despoja de toda su originalidad para hacerse más trivial; las plazas se llenan de mezquinos monumentos de arquitectura comercial, de hoteles y de casas de cambio; cada vapor desembarca oleadas de marselleses en los muelles; las judías abandonan sus trajes bíblicos, sus brillantes chales, para adoptar las telas obscuras, y tocan en el piano la «Plegaria de la Virgen.» Túnez será muy pronto una segunda Marsella... naturalmente cuando tenga una Canebiere. A decir verdad, mi corazón de patriota se rogocija de aquella rápida asimilación; pero tengo la «nostalgia del cocotero.»

Quisiera ir más lejos, más lejos aún, ver de nuevo esos países del Ecuador cubiertos de flores, de bejucos y de verdura, de árboles y de plantas desconocidos, poblados de habitantes negros, extraños, tan diferentes de nosotros y más naturales... Mi deseo se realizará, porque al fin hemos recibido órdenes terminantes: el 15, á mediodía, marcharemos en dirección al Océano Índico, y no será demasiado pronto para nosotros, jóvenes oficiales, que lo mismo que la tripulación, comenzábamos á aburrirnos ya mortalmente. Por otra parte, mi *Galatea* me parece ya muerta á fuerza de no moverse; está muy limpia y conserva su gracioso aspecto; todo se halla en ella en el mejor orden, pero no ha vivido, no tiene historia: es Galatea antes de Pigmalión.

Mi oficio es mantener en todo el orden, y le cumplo hasta en mí mismo. El tiempo, por otra parte, había terminado casi su obra devolviéndome la calma, y confieso que no he tenido mucho que hacer para tranquilizarme. Los microbios que más resistían eran los del amor propio y los del remordimiento, sobre todo el primero, que es el más feo. El anuncio del casamiento de Magdalena le excitó un instante; pero pronto quedó adormecido, y me aproveché de su sueño para cogerle y aplastarle. El pasado no existe ya; he cogido el cuaderno de los venticinco años, le he rasgado en pedacitos, que he arrojado para para que el viento se los lleve. Habrán ido á reposar en Cartago, para reducirse á polvo, confundiéndose con el otro. Entro en una nueva fase de la vida, y lo hago casi en completa posesión de mi mismo; tengo la alegría del autor que escribe «fin» al pie de su primera novela, después de haberse preguntado largo tiempo si saldría bien ó mal;... no es porque esté del todo satisfecho, pero cuando menos, es una solución, y una vez casada Magdalena, no podía haberla mejor para sofocar el microbio más vivo, el remordimiento. Yo temía que ella no quisiese ó que no pudiera: lo primero me probaba hasta qué punto era yo joven aun á pesar de todo; lo segundo me desconsolaba. Parecíame que existía entre nosotros un lazo extraño y cruel, una cuerda rígida como el acero, algo frío y persistente que nos reunía separándonos, sin esperanza de unirnos. Ahora nada queda ya...

¿Nada absolutamente?

Pues sí, algo queda. Magdalena decía que todo se transforma, y yo añadiré que nada se pierde. Entre nosotros dos – ahora lo veo, después de haberme analizado en estas páginas – siempre existirán lazos, pero tan dulces, que siempre los conservaré con amor, sin sentirlos casi.

Ese análisis á que me he sometido desde que la *Galatea* está en Túnez no habrá sido, pues, del todo inútil, porque me ha consolado y tranquilizado, mostrándome exactamente lo que mi alma era en otro tiempo y lo que es hoy. Veo que sigo amando á Magdalena, pero con calma, tranquilamente, feliz porque este amor es puro, raya en lo ridículo por su persistencia, y no creería en él si no le experimentase. En fin, es amor de poeta, amor casi religioso, semejante al del mago que adoraba una estrella. No ha impedido que haya otros, ni tampoco impedirá que se produzcan más, pero el antiguo es el que ejerce su parte de autoridad en toda mi vida, el que me iluminará ó cegará, mostrándome abismos ó precipitándome en ellos.

***

20 *julio* 1882. – *Rada de Puerto Luis (Isla Mauricio)*

Hace ya ocho meses que hemos salido de Túnez, ocho meses que navegamos de puerto en puerto, en el Océano Índico, y durante este tiempo he descuidado mucho mi pobre diario. Tenía demasiado que hacer para poder soñar, y lo sentía, á fe, porque el ensueño tiene algo bueno cuando no se abusa de él.

Hoy se me concede un poco de reposo en este tranquilo puerto de la isla de Francia: medito, reflexiono, veo cuánto tiempo ha transcurrido desde mi partida, sigo la estela fosforescente de la *Galatea* en las aguas, y sobre ella me remonto al pasado.

En Puerto Said he recibido una carta de mi madre y otra de Juana: me desean feliz viaje y un pronto regreso, haciendo votos por mi salud. Juana acababa de despedirse de su esposo, que debía hacerse á la vela en Burdeos en un buque mercante de tres palos, á fin de volver á Nueva Caledonia, para donde había sido nombrado comandante de marina. Muy afligida, pero resuelta, proponíase ir á reunirse con su esposo más tarde, después del parto. Magdalena se conservaba soltera; la señora de Branges había muerto, y el primo estaba gravemente enfermo; mas el matrimonio era siempre cosa decidida en principio...

Puerto Said es una gran estación, donde ningún buque se detiene más que el tiempo necesario para renovar las provisiones: muy pronto penetramos en el canal de Suez, y luego en el mar Rojo, por donde no se va del todo mal á fines de noviembre. En Aden tuvimos la primera aparición real de negros, de los negros verdaderos, naturales; pero ¡qué triste y desgraciado país! ¡Tierra, piedras, sin una flor, ni una brizna de hierba, ni una gota de agua, y en cambio un sol que bastaría para cocer un huevo de avestruz en la arena!

Con gran sentimiento nos hemos visto obligados á permanecer bastante tiempo en estos parajes: esperábamos partes, y además el comandante Duhamel, que padecía una enfermedad del hígado, ha empeorado de repente. El doctor, muy inquieto, opinaba que el comandante debía volver á Francia lo más



Ante esa imagen, delante de ese Cristo, juro que jamás seré su esposa

pronto posible; pero éste no podía resolverse á dejar su buque. Vencido al fin por el mal, y reconociéndose impotente para desempeñar sus funciones, dió cuenta de su estado al ministro por telegrama, y aquella misma noche se recibió la contestación, autorizándole para volver por el primer vapor. Al mismo tiempo se me nombraba comandante de la *Galatea*. Yo estaba muy lejos de esperar semejante decisión, nada conforme con los usos marítimos; pensaba que se designaría otro comandante, el cual se reuniría con nosotros en Aden, en aquella triste rada, donde estaríamos condenados á permanecer largos días, como en otro tiempo en Túnez; y confieso que el pesar de separarme de nuestro querido comandante Duhamel se atenuó un poco por el orgullo de sustituirle. Es preciso haber sido comandante en aquellas lejanas regiones, en el extranjero, para comprender bien la importancia de este cargo, la responsabilidad que lleva consigo, sus emociones, sus prerrogativas y sus deberes.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

APARATO REGISTRADOR DE LA VELOCIDAD DE LOS TRENES DE LA COMPAÑÍA DE ORLEANS

La comprobación de la velocidad de la marcha de los trenes ofrece gran interés en la explotación de los ferrocarriles: importa, por ejemplo, asegurarse de que el maquinista en algunos puntos determinados, como bifurcaciones, etc., cumple con lo que prescriben los reglamentos respecto de la diminución de velocidad. Asimismo conviene poder darse cuenta de que en los descensos por pendientes no lanza el tren con rapidez excesiva para recuperar un anterior retraso. Estas comprobaciones se verifican por medio de aparatos en los cuales se registran automáticamente los resultados, á fin de que quede de ellos una señal permanente.

Los primeros registradores inventados para este objeto iban instalados en la misma locomotora; pero ofrecen el inconveniente de que facilitando un registro continuo en un recorrido á menudo muy largo, no pueden indicar exactamente los puntos precisos en donde las diminuciones ó aceleraciones de la velocidad se han producido. Para comprobar la velocidad en un sitio determinado es preferible tener colocado en éste un aparato fijado en la vía, pudiendo instalarlo para siempre, si es menester, ó utilizando también aparatos movibles que pueden fácilmente ser trasladados de un punto á otro. De este modo puede dejarse uno de ellos, por algunos días, en un punto cualquiera sin que lo sepa el maquinista

El registrador de que vamos á ocuparnos pertenece á esta categoría de aparatos y ha sido construído por los Sres. Richard hermanos por indicación de la Compañía de Orleans, que lo ha adoptado: va provisto de órganos registradores tan ingeniosos, que aquellos hábiles constructores han podido aplicarlos á la inscripción de los más diversos fenómenos.

La siguiente descripción está tomada de una interesante nota publicada por M. Sabouret, ingeniero de la Compañía en la *Revue générale des chemins de fer*.

El principio en que se funda el aparato es sencillísimo: dos pedales fijos colocados sobre la vía á una distancia arbitraria, para la cual se ha adoptado la cifra de 100 milímetros, están en comunicación eléctrica con el aparato registrador situado á cierta distancia: el paso de la primera rueda del tren sobre el pedal de arriba determina la emisión de una corriente que pone en movimiento un estilete inscriptor, y la línea así obtenida se interrumpe bruscamente cuando la primera rueda llega al segundo pedal, pues su paso determina la ruptura de la corriente que se acaba de establecer y detiene al propio tiempo el estilete. La longitud de la línea está, por consiguiente, en proporción inversa de la velocidad de marcha del tren cuya medida de este modo determina. El papel registrador va arrollado á un tambor que, por medio de un movimiento de relojería, describe una revolución cada veinticuatro horas. Gracias á este movimiento de rotación puede dejarse el aparato colocado en un sitio todo un día, sin que las inscripciones sucesivas resultantes del paso de distintos trenes se confundan unas con otras, siendo fácil saber á cuál tren corresponde cada inscripción por la hora en que se verificó el paso del mismo.

El número 1 del grabado que reproducimos nos da la vista detallada de este aparato de registro.

El papel empleado está cuadriculado, correspondiendo las líneas verticales á las horas é indicando las horizontales la altura de la línea trazada correspondiente á una velocidad determinada.

El estilete inscriptor va puesto en una larga aguja, la cual á su vez está fijada en un eje libre montado en el de una rueda dentada.

En el estado normal la aguja permanece inclinada por la acción de su propio peso y el estilete está en la parte inferior del cilindro, como acontece en nuestro grabado.

La rueda de la derecha, cuyo reborde está dentado, es arrastrada de una manera permanente por un movimiento de relojería y efectúa una vuelta completa cada dos minutos y medio. Al producirse una emisión de corriente, el electro-imán que se ve delante atrae su armadura y ésta al moverse rechaza el eje movible de la aguja, aplicando de este modo sobre la rueda el travesaño en que termina, de manera que el eje y la aguja participen del movimiento de la rueda: entonces se produce inmediatamente la inscripción, que queda en suspenso con la interrupción de la corriente cuando el electro-imán abandona su armadura.

En estas condiciones, el aparato se reduce en principio al registro de una emisión de corriente dada por el pedal de entrada y de una interrupción motivada por el pedal de salida. En realidad la instalación resulta algo más complicada por razón de las diferencias resultantes de la organización de los pedales de que puede disponerse, pues hasta el presente no se conoce todavía un buen pedal que tome una posición determinada bajo la acción del paso de la primera rueda del tren, sin quedar afectado por las ruedas siguientes y volviendo á su posición natural después del paso de aquél.

Los dos electro-imanes que se ven á la derecha del grabado tienen por objeto permitir el funcionamiento del aparato con un pedal cualquiera. Uno de ellos está en relación con el pedal de entrada, y en cuanto es atravesado por la corriente que de este pedal procede, atrae su armadura, y ésta, al cambiar de sitio, obra sobre el conmutador abriendo el circuito local que acciona el tercer electro-imán, el cual gobierna el eje de la aguja. La corriente del circuito local permanece abierta hasta que la emisión de la corriente procedente del segundo pedal atrae la armadura del electro-imán de salida, y ésta, al moverse, acciona á su vez sobre el conmutador para cerrar la corriente, lo cual determina, como hemos dicho, la caída del estilete.

Como se ve, si el tren tiene una longitud superior al intervalo de los pedales, se producirán nuevas emisiones de corriente después que la primera rueda habrá llegado al pedal de salida; pero la interrupción se producirá inmediatamente, dando á la aguja sobresaltos insignificantes.

Para el caso de que el estilete alcanzase la parte superior del papel, lo cual sucedería con una velocidad muy pequeña ó cuando estuviese estropeado el pedal de salida, un resorte eléctrico lo hace caer automáticamente á la parte inferior del cilindro.

Este aparato registrador va montado en una caja de metal cuyo peso no excede de siete kilogramos, y constituye un aparato perfectamente portátil que se completa, según hemos dicho, con un pedal portátil como la tembladora de M. Couard ó la de M. Chaperón.

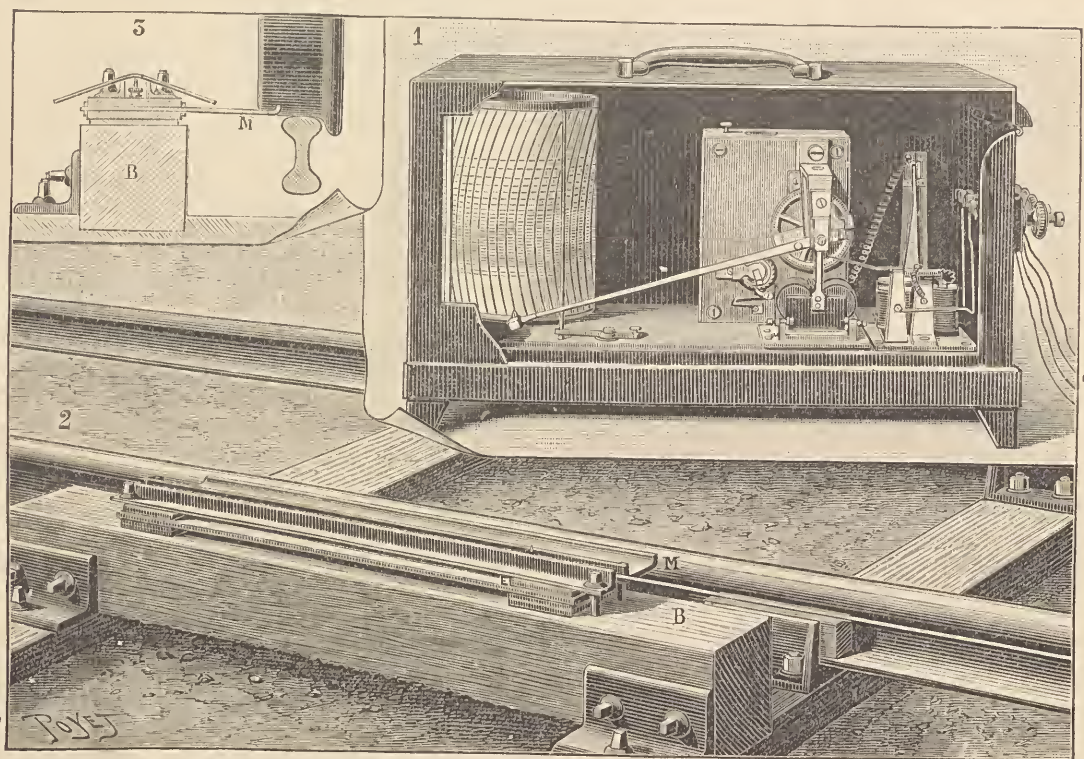
La Compañía de Orleans emplea, sin embargo, preferentemente con este registrador, el pedal fijo de Baillehaché que representamos en los números 2 y 3 del grabado, porque ha dado resultados satisfactorios.

Este pedal comprende una plancha de acero aislada M, de 0'66 por 0'316 metros y 5 milímetros de espesor, fijada en una traviesa de madera B puesta paralelamente al riel en el exterior de la vía. Esta plancha tiene su borde levantado puesto á algunos milímetros del riel y un poco más alto que éste para que la rueda lo alcance y le haga inclinarse. Por otra parte, está en relación con el circuito de una pila cuya corriente interrumpida en el estado normal se restablece en el momento del paso del tren por la intermediación de la abrazadera móvil y del riel que la sostiene.

El punto esencial estriba en asegurar el aislamiento de la plancha al propio tiempo que en darle suficiente elasticidad. A este efecto se interponen dos placas de caucho debajo de la plancha y otras dos encima ó sostenidas por dos escuadras de longitud superior fijadas por sus extremos en la traviesa por medio de anillos. Una tapadera de hierro galvanizado (núm. 3) protege las placas de caucho y el borne de contacto del hilo contra la acción de la lluvia y del sol.

L. B.

(De *La Nature*)



Registrador de la velocidad de los trenes de la Compañía de Orleans (Francia)

***

CAJA TELEFÓNICA AUTOMÁTICA

A propósito de la noticia y grabados que con el título de «Teléfono automático» y tomándolos del periódico alemán *Prometheus* publicamos en el número 533 de La Ilustración Artística, nos escribe desde México D. Eloy Noriega la carta siguiente:

«Sr. Director de La Ilustración Artística.

»*México 11 de junio de 1892*

»Muy Sr. mío: Hace unos días recibí un número del periódico de su dirección, del que soy suscriptor desde su fundación, y con sorpresa he visto el artículo que en él se dedica al teléfono automático, que dice el periódico alemán *Prometheus* es invención de los Sres. Mix y Genst, de Berlín. La caja telefónica en cuestión y muy poco variada por dichos señores, la tengo patentada desde el año 1890 en varios países, como verá usted por varias copias que debidamente certificadas remito hoy por correo.

»De la imparcialidad de usted y en obsequio de un compatriota que por la distancia á que se halla no puede hacer valer sus derechos tan pronto como desearía, creo, es más, le suplico, insertará los dibujos y la memoria relativa, con lo cual quedará desmentida la noticia referente á dicho invento, publicada por el periódico mencionado.

»Anticipándole las más expresivas gracias, quedo de usted atento y S. S. Q. B. S. M.

»Eloy Noriega, *ingeniero*.»

No siéndonos posible publicar los dibujos y memoria á que alude el Sr. Noriega, creemos que ha de bastar á éste para su satisfacción que publiquemos su carta, y que en prueba de imparcialidad consignemos que leída dicha memoria y examinados dichos dibujos resulta casi completa semejanza, así en el principio fundamental como en sus detalles, entre el invento que pretenden ser suyo y que recientemente han registrado los Sres. Mix y Genst, de Berlín, y el que con el nombre de *Caja telefónica automática* mereció al Sr. Noriega la recompensa de un diploma de honor y medalla de oro que le adjudicó la Academia de Inventores de París y por el cual obtuvo patente de invención en 1890 en los Estados Unidos de América, México, España, Francia, Bélgica, Luxemburgo é Inglaterra.

En efecto, en la caja telefónica del Sr. Noriega, la introducción de una moneda determinada establece el circuito telefónico y produce la llamada, y si el hilo del llamador no está libre, el que llama recibe la misma moneda que introdujo. La moneda se introduce como en los aparatos comunes para venta automática á través de una hendidura practicada en

la caja, y pasa á una guía de prueba, en donde se comprueba automáticamente el diámetro y el peso de aquélla, siendo expulsada ó admitida, según que resulte mala ó buena. Admitida la moneda y establecido el circuito para llamada, puede efectuarse ésta oprimiendo una tecla Morse, y si de la oficina central viniere la respuesta *línea ocupada*, se obtiene la restitución de la moneda oprimiendo un botón. Si la línea está desocupada, esto es, si está establecida la comunicación, la oficina central envía una corriente hacia el que llama y da por respuesta *llamad* y entonces la coriente de la oficina cierra el circuito local, cuya corriente activa un electro-magneto, atrayendo un áncora y con ella un primer picaporte que retenía la moneda, la cual cae por un canal hasta un segundo y un tercer picaportes. Terminada la conversación, el llamador da la señal y produce temporalmente por medio de la corriente la atracción de otra áncora que al ser atraída imprime un movimiento de rotación al último picaporte, con lo cual la moneda puede continuar su descenso y caer al fondo de la caja. Para que el aparato sea en todo caso conducido á tiempo á su posición de reposo para una próxima conversación, detrás de la abertura por donde se introduce la moneda hay colocado lateralmente un rodillo que la moneda hace rodar y que por medio de una transmisión de palancas hace cambiar de lugar el áncora que establece la comunicación entre el electro-imán y los picaportes. De este modo es cobrada la primera moneda y se produce la interrupción mientras la segunda pasa á la guía de prueba.

Con estas ligeras explicaciones creemos que queda demostrada la semejanza antes indicada entre el aparato alemán y el que el Sr. Noriega registró debidamente dos años antes que el de los Sres. Mix y Genst, de Berlín.

LA DIRECCIÓN





L. VIDAL sculpt.

LEÓN, escultura de L. Vidal, escultor ciego recientemente fallecido

Imp. de Montaner y Simón